

Martín F. Ríos Saloma

La reconquista. Una construcción historiográfica (siglos XVI-XIX)

México/Madrid

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas/
Marcial Pons Ediciones de Historia

2011

352 p.

ISBN 978-84-92820-47-4 (Marcial Pons Ediciones de Historia)
ISBN 978-607-02-2281-8 (UNAM, IIH)

Formato: PDF

Publicado: 27 de abril de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/reconquista/historiografica.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, Ciudad de México.

Capítulo V

La Reconquista en la segunda mitad del siglo XIX: entre práctica historiográfica, legitimación política e identidad colectiva

La problemática que hemos estudiado en las páginas precedentes se torna más compleja cuando ampliamos nuestra perspectiva y consideramos la historiografía producida en otros ámbitos y con otros objetivos. En la segunda mitad del siglo XIX, asistimos al desarrollo de una literatura y una historiografía mediante las cuales se pretendía difundir no sólo los conocimientos generados en el ámbito académico, sino transmitir una determinada interpretación de la historia de España, en la que la Reconquista se consolidó como el elemento identitario más importante gracias a su operatividad como mito fundacional común a todas las regiones. En este sentido, puede constatarse un trasvase de ideas, opiniones y corrientes interpretativas entre los historiadores generales y los historiadores que escribían desde la «periferia» y que buscaba sumarse al discurso nacional asumiendo el discurso «reconquistador». Dentro de este marco, es necesario resaltar la especificidad de los historiadores catalanes, quienes hicieron del discurso histórico un instrumento de legitimación política mediante el cual se conformó un discurso cada vez más catalanista que no sólo exaltaba las gestas de Wifredo el Velloso como padre de la nación sino que, inclusive, recuperó el catalán como lengua de escritura. Sin embargo, también es posible corroborar que en esta construcción, dichos historiadores harían suyo el término *reconquista* y reproducirían los mismos topos que aquellos que escribían las historias generales.

Como resultado de estos planteamientos, es posible detectar la existencia de tres niveles historiográficos en los cuales fueron tratados los acontecimientos del siglo VIII: 1) el constituido por los discursos

de ingreso a la Real Academia de la Historia, las monografías elaboradas por estos académicos y los textos redactados por los profesores universitarios, destinados a los medios académicos y universitarios y caracterizados por un alto rigor científico que se reflejaba en la utilización y depuración de fuentes escritas, en el perfeccionamiento del método histórico y en la eliminación de los elementos legendarios; 2) el de las historias generales de España y las historias regionales, destinado a las clases medias y altas —es decir, a un público culto pero no especializado y con un determinado poder adquisitivo—¹ y que buscaban ofrecer una panorámica general del desarrollo histórico español; 3) el conformado por las historias populares y los textos editados con motivo de las conmemoraciones o centenarios —incluidos los sermones—, destinados a amplios sectores sociales, en los cuales era posible encontrar rastros de las claves explicativas tradicionales². En este nivel, habría que situar a la literatura, vehículo privilegiado para la transmisión de ideas, valores e interpretaciones históricas sobre la «nación»³.

La Reconquista en la historiografía universitaria: Diego Bahomonde y Lanz (?-?)

Aurora Rivière estudió con profundidad el proceso de conformación administrativa, académica e historiográfica de la Facultad de Letras de la Universidad Central entre 1843 y 1868, resaltando la contribución de los profesores a la difusión del positivismo y a la construcción de una conciencia nacional⁴. A este mundo perteneció Diego Bahomonde, quien, en 1868, pronunció un discurso intitulado *Orígenes de las nuevas nacio-*

¹ Algo más de cuatrocientos serían los poseedores de títulos nobiliarios, mientras que las filas de burócratas del Estado estarían integradas por unas «sesenta y cinco mil personas, cifra casi idéntica a los miembros del clero y sus asistentes», Javier TUSSELL, *Historia de España. Edad Contemporánea*, Madrid, Taurus, 2001, pp. 106-107.

² Recuérdese que el 70 por 100 de la población era analfabeta y rural, *ibid.*, p. 105.

³ En otra ocasión he analizado las novelas de M. A. B., *¡En nombre de Dios! Dramas de la Reconquista española en tiempo de los árabes*, Barcelona, Imprenta de Pons y Cía, 1852, y Manuel FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ, *El ángel de la patria: crónicas de la Reconquista de España*, Madrid, Berengüillo, 1874. La primera de ellas es el segundo texto del que tengo noticia que consigna en el título la palabra *reconquista*. A estos textos habría que añadir el drama de José ZORRILLA, *El puñal del godo*, Madrid, Espasa Calpe, 1970, pp. 149-176 [1842], y el poema laudatorio de José DICENTA, *La Reconquista de Madrid por Alfonso VI*, Madrid, Fortanet, 1878. Martín F. RÍOS, «Restauración y Reconquista: sinónimos en una época romántica y nacionalista», *M. C. V.*, 2005, vol. 35-2, pp. 243-263.

⁴ Aurora RIVIÈRE, *Historia, historiadores e historiografía en la facultad de Letras de la Universidad de Madrid*, Getafe, Universidad Carlos III de Madrid, 2000.

*nalidades que iniciaron la Reconquista durante los siglos VIII y IX en la península española*⁵.

El autor presentaba la invasión islámica como un justo castigo por los pecados de Witiza y Rodrigo. No deja de sorprender que una «tesis» universitaria reprodujera la interpretación providencialista de los acontecimientos, aunque también es cierto que el triunfo de Pelayo en Covadonga se explicaba a partir del hecho de que la multitud de musulmanes se estorbó a sí misma y de la tormenta desatada repentinamente⁶. A pesar de este conservadurismo interpretativo, la obra posee dos elementos que me parece oportuno destacar. El primero es la frecuente utilización del término *reconquista* para definir el proceso de lucha con Al-Andalus; el segundo, su empleo como sinónimo del vocablo *restauración*. Así, por ejemplo, Bahomonde afirma que «Covadonga es el sitio donde comenzó, de una manera definitiva y organizada, la colosal empresa de la reconquista española...»⁷, para añadir más adelante que «conocidos son de todos los primeros tiempos de la restauración cantábrica, pues en éstos no reina la oscuridad que en la infancia de la restauración pirenaica»⁸. Más adelante, el sustentante analizaba los principios de la «restauración» en los Pirineos, origen de dos grandes «nacionalidades»: Aragón y Cataluña⁹. Bahomonde concluía que el condado de Barcelona «nació [...] como habían nacido los demás Estados de la península después de la Reconquista. Los esfuerzos de los españoles para recuperar su perdida patria se extendieron de uno a otro confín de las montañas del Norte»¹⁰.

De los diversos párrafos de la tesis puede extraerse la idea según la cual, para Bahomonde, la «restauración» —o «la reconquista»— consistía en «echar al invasor» y «volver a ocupar las tierras» que tenían los españoles antes que los árabes los despojaron¹¹. Ello refleja la transformación operada en las concepciones historiográficas del momento, que privilegiaron los aspectos militar y territorial de la lucha frente a los aspectos políticos —restauración del orden visigodo— y religiosos que el conflicto poseía.

⁵ Diego BAHOMONDE Y LANZ, *Orígenes de las nuevas nacionalidades que iniciaron la Reconquista durante los siglos VIII y IX en la península española. Discurso leído ante el claustro de la Universidad Central, Madrid, Imprenta a Cargo de M. Moreno, 1868.*

⁶ *Ibid.*, p. 11.

⁷ *Ibid.*, p. 10.

⁸ *Ibid.*, p. 10.

⁹ *Ibid.*, p. 14.

¹⁰ *Ibid.*, p. 20.

¹¹ *Ibid.*, p. 14.

La Reconquista entre los eruditos: José María Escandón (1808?-1869)

En 1862, José María Escandón publicó en Madrid una *Historia monumental del heroico rey Pelayo y sucesores en el trono cristiano de Asturias*¹². Herido en su orgullo por quienes afirmaban que Pelayo y Alfonso I no habían existido, el autor se había dado a la tarea de demostrar la falsedad de tales afirmaciones¹³. Utilizando un método interpretativo que denomina «dialéctica de los tropos aplicada a la historia» o, lo que era lo mismo, «la aplicación del lenguaje de las imágenes representativas»¹⁴, Escandón se proponía escribir un discurso de naturaleza filosófica basado en la confrontación de las crónicas latinas y árabes, así como de las historias escritas en época moderna (Mariana, Mayans, Masdeu), eliminando de paso las interpolaciones de los siglos posteriores. Más interesante que los datos «positivos» sobre la conquista musulmana y el inicio del levantamiento asturiano¹⁵, o la interpretación que hacía de la gesta del primer monarca asturiano una guerra de «independencia» en contra de unos dominadores extranjeros y de la batalla de Covadonga el fundamento de la nacionalidad¹⁶, es el desarrollo del propio «método».

La aplicación del método de la «dialéctica de los tropos» era en realidad un primer intento por realizar una lectura simbólica del relato tradicional sobre los acontecimientos del siglo VIII. El análisis de Escandón parte de la premisa según la cual las crónicas coetáneas a los acontecimientos fueron interpoladas con posterioridad por «adicioneros» y «comentaristas» que «oscurecieron la verdad de esas auténticas memorias, queriendo hacerlas milagrosas a fuer de gloriosas, tomando los [autores] del siglo XII en delante de los árabes los diagramas de la lengua e historia reservadas»¹⁷. Esta idea le lleva a considerar que fueron «rigoristas los Obispos Isidoro, Dulcidio, Sebastián y Sampiro» —a quienes llama «fuente limpia de la historia del reino cristiano de la España restauradora»— y que «en guardar las formas de cronistas fueron asaz severos y concretos en los más ilustres hechos de los Re-

¹² José María ESCANDÓN Y LUÉ, *Historia monumental del heroico rey Pelayo y sucesores en el trono cristiano de Asturias, ilustrada, analizada y documentada por D. José María Escandón*, Madrid, Imprenta de la Esperanza, 1862.

¹³ *Ibid.*, p. III.

¹⁴ *Ibid.*, p. 19.

¹⁵ Afirma Escandón, por ejemplo, que Pelayo nació en el año 673 (p. 30) y que murió en el año 737: «era de edad de sesenta y un años». *Ibid.*, p. 31.

¹⁶ *Ibid.*, pp. III-IV.

¹⁷ *Ibid.*, p. VI.

yes, sin hacer memoria sino de los más señalados combates...»¹⁸. Era pues, claro, que las interpolaciones y falsedades tuvieron su origen no entre los cristianos, sino entre los cronistas árabes, cuyos textos contaminaron a partir del siglo XII la historia cristiana y ello era la causa de que los modernos consideraran que todo lo que en las crónicas se contenía era cuando menos dudoso¹⁹. Así, para descargar de cualquier sospecha de mala voluntad a los cronistas cristianos, Escandón asegura que cuando éstos incorporaron las fábulas de los historiadores andalusíes, sólo se quedaron con el texto, pero ni entendieron ni interpretaron el lenguaje simbólico de las crónicas, y por eso los autores modernos veían en ello interpolación de romances que, por lo tanto, debían considerarse como tales.

Esta premisa permitía a nuestro historiador decir, por ejemplo, que el pasaje del rapto de la hermana de Pelayo por Munuza en realidad reflejaba un enfrentamiento encarnizado entre dos pueblos²⁰, en tanto que la historia de Florinda y la traición del conde Julián reflejaban las pugnas políticas entre el partido de Witiza y el de Rodrigo²¹. Por su parte, la leyenda del tributo de las cien doncellas reflejaba la tiranía de los sultanes de Damasco y que los cronistas habían asimilado el relato con el objetivo de lograr entre los cristianos el rechazo de las costumbres islámicas²². La lectura que más llamó mi atención es la que corresponde al castillo encantado de Toledo, pues sería retomada por Eduardo Saavedra dos décadas después; en ella, Escandón plantea la hipótesis de que la torre encantada era en realidad el lugar donde, «pobre, el Rey Rodrigo buscaba fondos en vano para los gastos de la guerra por no pedirlos a sus Estados»²³.

Escandón no contaba con el utillaje teórico para llevar a buen término su investigación, pero debemos reconocer que consistió un primer intento de lectura simbólica y, sobre todo, que fue un esfuerzo nada desdeñable por aplicar el método positivista a la investigación histórica, a pesar de que los prejuicios con los que se acercó a los textos terminaran por influir negativamente en sus interpretaciones.

¹⁸ *Ibid.*, p. VI.

¹⁹ *Ibid.*, p. VII.

²⁰ *Ibid.*, p. 16.

²¹ *Ibid.*, p. 17.

²² *Ibid.*, p. 18.

²³ *Ibid.*, p. 17.

La Reconquista en la historiografía popular: el proyecto de Eusebio Martínez de Velasco (1836-1893)

El funcionario y periodista burgalés Eusebio Martínez de Velasco tomó sobre sus hombros la responsabilidad de difundir la historia medieval entre los sectores populares a través del proyecto editorial *Biblioteca Enciclopédica Popular Ilustrada. Páginas de la Historia Patria*, dentro del cual se encontraban los volúmenes *Guadalete y Covadonga: del año 600 al 900* (1879)²⁴; *León y Castilla del año 850 a 1350* (1880)²⁵ y *La corona de Aragón (páginas de la Reconquista). Del año 850 a 1350* (1882)²⁶.

Los textos poseen diversas características comunes. La primera es su encuadernación económica y su pequeño formato, que contrasta con aquellos lujosamente encuadernados como las *Bellezas de España* de Pi Ferrer o la historia de Morayta. La segunda tiene que ver con la presentación del discurso en un lenguaje sencillo y ameno —muy contrastante con el lenguaje utilizado por los académicos de la historia, por ejemplo— y exento de notas y citas. La tercera está relacionada con el alto grado de actualización del autor y la importancia que concedió al hecho de elaborar una buena obra de difusión histórica. La actualización es evidente a dos niveles: informativo e interpretativo. En el primer caso se trata de los nuevos datos que se conocieron gracias a la publicación de las fuentes islámicas y que permitían establecer una versión aún más «positiva», si cabe, de los acontecimientos; el segundo nivel consiste en la difusión de una explicación política de la conquista musulmana y el inicio de la reconquista en consonancia con la interpretación de Lafuente, lo que lleva al autor a hacer siempre referencia a los acontecimientos andalusíes, pues considera que ambas historias estaban íntimamente relacionadas y que no podían comprenderse la una sin la otra. Sin embargo, en los capítulos relativos a la conquista islámica, aún se concede una importancia capital a los pecados y a la degradación física y moral de los visigodos, por lo que los textos se presentan como obras de transición entre las interpretaciones tradicionales y las nuevas lecturas positivistas. El cuarto elemento es el grado de nacionalismo que permea el discurso, de tal suerte que el uso de conceptos como *patria*, *nación* e *independencia* es constante. Fi-

²⁴ Eusebio MARTÍNEZ DE VELASCO, *Guadalete y Covadonga: del año 600 al 900*, Madrid, Tipografía G. de Estrada, 1879.

²⁵ Eusebio MARTÍNEZ DE VELASCO, *León y Castilla del año 850 a 1350*, Madrid, Tipografía G. de Estrada, 1880.

²⁶ Eusebio MARTÍNEZ DE VELASCO, *La corona de Aragón (páginas de la Reconquista). Del año 850 a 1350*, Madrid, Edición y Administración, 1882.

nalmente, puede constatar el frecuente uso del término *reconquista*, la cual se presenta como una epopeya de ocho siglos que concluye cuando los musulmanes fueron expulsados del territorio, lográndose la unidad de España. Este hecho revela una voluntad consciente por difundir entre las clases populares las nuevas claves interpretativas —reconquistadoras— que se gestaban en los ambientes eruditos, especialmente en la Real Academia de la Historia. Éste es otro dato fundamental: el proyecto de la Biblioteca Popular Ilustrada se lanzó al comienzo de la Restauración y comprueba que la difusión del término *reconquista* se intensificó a finales de la década de 1870.

En el texto *Guadalete y Covadonga*, el autor presenta el enfrentamiento entre cristianos y musulmanes como una «... lucha formidable y heroica, aun en su mismo comienzo, entre dos pueblos bien distintos y dos civilizaciones verdaderamente contrarias» que sólo terminaría, «... andando los siglos, bajo las murallas de la oriental Granada»²⁷. Por otra parte, Martínez de Velasco presentaba a Witiza como un rey más prudente de lo que hasta entonces se había considerado, al tiempo que señalaba que la invasión musulmana se insertaba dentro de un amplio proceso histórico-militar²⁸. Sin embargo, al hablar de los factores que permitieron la conquista musulmana, se hacía patente la intención de transmitir la interpretación tradicional de los acontecimientos del siglo VIII, pues además de mencionar la propia sed de conquista de los musulmanes, la desmoralización de los visigodos, el odio de los judíos y la traición de Julián, el autor apelaba a la violación de la Cava para explicar dicha venganza²⁹, aunque, señalaba, sin suscribirlo, que el acontecimiento había sido impugnado por los historiadores modernos y que aunque no podía desestimarse el hecho, sí se podían considerar falsas las «supuestas cartas enviadas por Florinda»³⁰. De esta suerte, Martínez opinaba que si, como querían algunos, el suceso no ocurrió realmente, lo verdaderamente importante era que la leyenda formaba parte ya de las tradiciones populares³¹.

En las páginas siguientes el autor se preocupa por la fijación de cronologías exactas y lugares concretos —ambos datos positivos— y se hace una pregunta en la que vemos aparecer unidos los términos *restauración* y *reconquista*: «¿Dónde se hallan unos y otros [las cronologías y los lugares], esas dos fuentes de la ciencia histórica, cuando se trata de determinar con exactitud los dos principales acontecimientos a que se

²⁷ MARTÍNEZ DE VELASCO, *Guadalete...*, *op. cit.*, p. 6.

²⁸ *Ibid.*, p. 87.

²⁹ *Ibid.*, p. 102.

³⁰ *Ibid.*, p. 105.

³¹ *Ibid.*, p. 106.

refiere este modesto libro, el desastre del Guadalete y el triunfo magnífico de Covadonga, o sea el fin del reino goda-hispano y el principio de la restauración y reconquista de la patria?»³². Creo que al lector no puede dejar de sorprender esta utilización, pues ambos términos aparecen, más claramente que nunca, como sinónimos de un mismo proceso histórico.

Al hablar sobre los inicios de la Reconquista, el autor señala que «los desfavoridos españoles» —nunca más los godos— se refugiaron en Asturias y que «... allí fue donde el gran Pelayo, enarbolando la enseña de la reconquista de la patria, aquella Cruz de la Victoria que, como lábaro santo, presidió desde entonces en los combates, dio principio a la magnífica e incomparable empresa de *fundar otra España y otra patria, más grande y más feliz que la primera* [cursivas del autor]»³³. Esta lectura patriótica de la reconquista se continúa en varios párrafos. Así, tras asentar que las noticias sobre la genealogía de Pelayo son inciertas, Martínez señala que lo importante era que descendía de la familia real visigoda y que «la tradición popular, encariñada con el héroe de Covadonga, ha adornado a Pelayo de las prendas personales más excelentes [...] presentándose a los afligidos españoles como el futuro salvador de España, abrazando la cruz de Jesucristo, empuñando la espada vengadora de la reconquista, y alentando a aquellos en su desmayo»³⁴. El autor terminaba su disertación señalando la originalidad del movimiento asturiano y el hecho de que la lucha contra el islam era la nota más original de la nación española: «En verdad es digno de ser admirado eternamente el levantamiento de los cristianos españoles en Asturias: ellos solos, sin el auxilio y sin consejo de otras gentes, lanzan a los poderosos invasores un reto a muerte que debía durar siete siglos, y apenas tenían otras armas que su fe y su entusiasmo por la santa causa de la patria. ¡Ninguna nación del mundo puede presentar en su historia un ejemplo de tanta grandeza!»³⁵.

El relato sobre Covadonga iniciaba con una exaltación de «... los pocos fervorosos cristianos y valientes españoles que proclamaban la independencia y la libertad de la patria en aquellas montañas, que eran el último baluarte de la rendida España»³⁶. «¡Covadonga! ¿Qué Español no se siente dominado por el más noble entusiasmo al oír pronunciar el venerado nombre de Covadonga?» —exclama nuestro ferviente patriota—³⁷. En el desarrollo de la contienda, Martínez niega la presencia de Oppas y los discursos entre éste y Pelayo, y señala que los árabes comenzaron el combate

³² *Ibid.*, p. 112.

³³ *Ibid.*, p. 179.

³⁴ *Ibid.*, p. 180.

³⁵ *Ibid.*, p. 181.

³⁶ *Ibid.*, p. 183.

³⁷ *Ibid.*, p. 184.

arrojando una espesa nube de flechas y al instante la multitud de españoles refugiados en las laderas contiguas lanzaron por ambos lados enormes piedras y troncos «... y mientras tanto el poder de Dios (Dice la crónica general) peleó por los cristianos que yacían encerrados en la cueva porque las saetas y piedras que les lanzaban los ballesteros y honderos musulmanes, rebotando en la inmensa peña, volvían sobre los sitiadores, y les causaban mucho daño»³⁸. De pronto, comenzó la tormenta y el monte se desgajó matando a muchos musulmanes, tantos que nadie se atrevía a precisar una cifra. «Tal fue la gloriosa hazaña del gran Pelayo —concluye Matéiz— el primer florón de la riquísima corona de la reconquista, el primer canto de aquella magnífica epopeya que tuvo su página postrera, siete siglos más tarde, ante los muros de la ciudad de Boabdil»³⁹.

Si hasta aquí el término *reconquista* ha sido el protagonista, es en el pasaje de la coronación de Pelayo donde Matéiz nos sorprende con una frase: «allí se verificó —señala— la restauración de la monarquía, a la sombra de los laureles ganados en la primera campaña de la reconquista»⁴⁰. Este párrafo me parece que muestra el cambio de sentido que se opera en ambos vocablos. La restauración es entendida como el reestablecimiento de la monarquía hispánica, destruida tras la invasión islámica, en la persona de un rey; la reconquista entonces ya no es sinónimo de la restauración, sino un concepto diferenciado: la lucha militar contra los musulmanes que tiene como objetivo la restauración del dominio político cristiano sobre la Península y que no terminó hasta la conquista de Granada. Sus palabras lo confirman:

«... desde aquel triunfo hasta la toma de Granada por los Reyes Católicos [...] existieron en la península ibérica dos pueblos enemigos irreconciliables: el pueblo cristiano, el vencido en Guadalete, que hacía poderosos esfuerzos para reconquistar la patria perdida, y el pueblo árabe, el vencido en Covadonga, que defendía palmo a palmo, con entereza y bravura, el hermoso país que habían sometido al dominio del califa de Damasco las victoriosas huestes de Tariq, Muza y Abdalaziz»⁴¹.

En el texto *León y Castilla* —que en realidad es un resumen de las obras de Mariana, Lafuente, Dozi⁴², Codera, Fernández Guerra, Gayangos y Simonet—, Matéiz de Velasco no volvió a utilizar el término *restauración*, consolidando así el uso exclusivo del término *reconquista*

³⁸ *Ibid.*, p. 191.

³⁹ *Ibid.*, p. 193.

⁴⁰ *Ibid.*, pp. 200-201.

⁴¹ *Ibid.*, p. 207.

⁴² Reinhardt Dozy, *Histoire des musulmans d'Espagne, 710-1110*, 3 vols., Leiden, 1861.

para hacer referencia a la lucha entre cristianos y musulmanes. Además, el autor insistiría en el hecho de que el término *reconquista* designaba un amplio marco temporal que abarca desde la batalla de Covadonga (711) hasta la conquista de Granada (1492).

Como el texto contiene la historia castellana hasta la época de los Trastámara, no realizaré un análisis pormenorizado. Sin embargo, no puedo dejar de abordar tres cuestiones. La primera es a propósito de la motivación que le llevó a continuar su labor difusora. Ello queda asentado en su dedicatoria, la cual, por otra parte, es un claro ejemplo de la importancia que la Reconquista adquirió en el proceso de construcción de la conciencia nacional:

«A mis hijas

María del Milagro y Ángela María

Para que, niñas aún, empiecen a conocer la historia de la Patria en estas breves narraciones de la Reconquista, grandioso poema de gloria y grandezas, cuyo primer canto es el triunfo milagroso en Covadonga y cuya página postrera, escrita en siete siglos de batallas, es un himno de victoria en la oriental Granada, ante la Cruz de Jesucristo y el pendón de Castilla. Eusebio».

La segunda está relacionada con el tipo de público al que estaba dirigido el proyecto y que por su claridad omito comentar:

«Conste pues: nuestro libro no es un reposado, profundo y erudito estudio de investigación histórica; es una modesta exposición didáctica de los sucesos, ya afortunados, ya adversos, del largo y glorioso período de la Reconquista.

No le abran los doctos, porque poco en él aprenderían; pero léanle las clases populares a las que está dedicada en primer lugar la BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA POPULAR ILUSTRADA; léale el trabajador en sus horas de descanso, el soldado en sus ratos de ocio, la mujer en el hogar doméstico, el joven escolar, en fin, que empieza a conocer la historia de la patria»⁴³.

La tercera cuestión consiste en que, al hablar de la batalla de Guadalete, Martínez de Velasco incorporó las ideas de los hermanos Oliver y Hurtado a propósito de la localización exacta del acontecimiento y la denomina como «desastrosa batalla de los campos de Vejér, junto al lago de la Janda (mal denominada batalla de Guadalete)»⁴⁴. Esta frase demuestra

⁴³ MARTÍNEZ DE VELASCO, *León...*, *op. cit.*, p. 10.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 8.

tanto la actualización de nuestro autor como el hecho de que esta aportación geográfica —que abordaremos en el siguiente apartado— había calado dentro de la historiografía y, en cierto sentido, muestra también el rechazo que comenzaba a generalizarse respecto de las tradiciones que se consideran mal fundadas. Lo interesante aquí es ver cómo sólo en once años desde que se publicó el artículo de los hermanos Oliver, esta propuesta llegó a aparecer no sólo en la obra de Martínez de Velasco, sino incluso en la *Historia* coordinada por Cánovas.

El tercer volumen, dedicado a la Corona de Aragón, contenía las conquistas de Ludovico Pío y Wifredo el Velloso, lo que lo convertía en el primer texto de difusión en el que se ofrecía una versión integral de la historia aragonesa (en realidad era un resumen de los *Annales* de Zurita) y casi en el mismo número de páginas —es decir, concediéndole la misma importancia— que la historia castellana.

El libro se abre con una descripción geográfica de los Pirineos, a la cual seguía una disquisición sobre la etimología del nombre de Aragón. Es aquí donde pueden observarse elementos retóricos similares a los empleados para exaltar el Principado de Asturias: «¡Aragón! Allí, entre las asperezas de las montañas pirenaicas, tal vez en el reducido espacio de un valle, Sobrarbe, o en las sombrías concavidades de una gruta, la cueva de Uriel, tuvo su primitivo origen la nación insigne que hicieron conocer al mundo las hazañas de Sancho Ramírez, que engrandeció Alfonso I el Batallador, que elevaron a la cumbre del poderío y de la gloria los altos hechos de Jaime I el Conquistador, de Alfonso V el Sabio». A ello agregaría nuestro autor que, así como los asturianos habían resistido siempre a los romanos, así «los habitantes de esas montuosas regiones, fieros y altivos siempre, guerrearon contra los pretores y las legiones de la república dominadora del mundo conocido»⁴⁵.

Llegados a este punto, Martínez de Velasco señala la importancia que en el conocimiento «de los primeros tiempos de la Reconquista», había tenido el «estudio y laboriosidad de los modernos orientalistas que buscan en las páginas de antiguos anales musulmanes la ampliación de nuestras deficientes crónicas»⁴⁶, y añadía que si bien el «sesudo Isidoro de Béjar», no hacía «mención siquiera de Pelayo y de Covadonga», había, sin embargo, «cronistas musulmanes contemporáneos que confirman plenamente la no interrumpida tradición de la victoria de Covadonga...». «Así —concluía el autor— se rehace la historia de la Reconquista, de los ya remotos y oscuros siglos VIII y IX»⁴⁷.

⁴⁵ MARTÍNEZ DE VELASCO, *La Corona...*, *op. cit.*, p. 12.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 13.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 14.

Es en el capítulo segundo donde encontramos las noticias sobre los orígenes de los reinos orientales. Tras dar cuenta de cómo «apenas dos años bastaron para que la enseña de la media luna se pasara triunfante por la Península Ibérica», nuestro autor se centra en las incursiones carolingias. Ante la falta de fuentes históricas y de noticias ciertas, Martínez de Velasco no puede dedicar ni una sola línea a los orígenes del Reino de Navarra, asegurando que su historia no estaba hecha pero que a su elaboración «contribuirán en gran manera los orientalistas que tienen asiento en los sillones de la Real Academia de la Historia»⁴⁸. Por el contrario, las noticias que ofrece sobre los orígenes de la Marca Hispánica son más abundantes. Una vez relatado el episodio de Roncesvalles, nuestro vulgarizador se centraba en las primeras conquistas de Luis el Piadoso en «aquella región, que fue desde luego denominada Marca de España, y cuyo gobierno dejó encomendado a un magnate llamado Borrel»⁴⁹. Es dentro de esta serie de campañas en donde Martínez inserta «la conquista de Barcelona», a la que califica de «cristiana cruzada»⁵⁰, describiendo gráficamente el cerco de la misma y su rendición a Luis I⁵¹.

A continuación, nuestro burgalés refutaba las noticias sobre la venida de Otger Cataló —el dato no carece de importancia al ser una obra destinada al gran público— y pasaba rápidamente sobre la época de los condes Bera y Bernardo, para detenerse en el período de Wifredo el Velloso, quien, elegido conde independiente de Barcelona por los propios «catalanes», «emprendió vigorosas campañas contra los árabes [...] ensanch[ando] límites de su naciente condado hasta cerca de Tarragona»⁵². Al abordar la fundación del monasterio de Ripoll por el Velloso, Martínez hacía un paréntesis para llamar la atención sobre la ruina que sufría el monasterio y reproducía unas líneas del libro *Impresions d'una excursio al Taga*, de S. Ruiseñol (Barcelona, 1882), en donde se nombraba a Ripoll como «la Covadonga catalana»⁵³, evidenciándose la voluntad de situar a Cataluña a la misma altura que Asturias dentro del discurso nacional.

El proyecto editorial de Eusebio Martínez de Velasco contribuyó a difundir una visión actualizada y rigurosa de la historia medieval española dentro de los cánones historiográficos y culturales del momento y fue también una de las primeras obras destinadas a las clases populares,

⁴⁸ *Ibid.*, p. 37.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 31.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 32.

⁵¹ *Ibid.*, p. 33.

⁵² *Ibid.*, pp. 53-54.

⁵³ *Ibid.*, p. 55.

por lo que cumpliría un papel de primer orden en la difusión del término *reconquista* y de su conceptualización como una «grandiosa epopeya de ocho siglos» llevada a cabo por todos los reinos de España.

La Reconquista en las historias locales

La lectura de las obras que he podido consignar que tenían como tema central «la Reconquista» escritas fuera de la capital española me permite apuntar cuatro ideas. La primera, que es en Madrid donde se escribe la historia más significativa, pues los textos que aquí estudio simplemente se hacen eco de las interpretaciones que circulaban en las historias generales. La segunda, que quienes escriben desde las distintas provincias castellanas buscaban sumarse a ese discurso historiográfico nacional para así formar parte de la nación política que se estaba construyendo. La tercera, que esta producción estaba destinada a un público con cierto nivel educativo pero, al mismo tiempo, se pretendía que se difundiera entre las distintas capas sociales. Finalmente, me parece significativo que dos de estas obras se hayan escrito bajo el amparo de las festividades organizadas con motivo de la conmemoración del aniversario de la «reconquista» de una ciudad determinada.

Los hermanos Oliver y Hurtado: la importancia de la geografía

La importancia que para los historiadores del siglo XIX adquirían las cuestiones territoriales —vinculadas estrechamente con el concepto de patria y con la difusión y la consolidación de la geografía como disciplina científica— dentro de los procesos históricos puede apreciarse claramente a raíz de una novedosa propuesta de localización geográfica hecha por los sacerdotes malagueños José (1827-1887) y Manuel (1831-1892) Oliver y Hurtado en un opúsculo titulado *La batalla de Vejer o del Lago de la Janda*, aparecido en Granada en 1869⁵⁴.

Tras realizar una rigurosa revisión de las fuentes tanto cristianas como musulmanas ya conocidas, los autores planteaban la idea de que la batalla en la que se perdió el reino visigodo no se había desarrollado en la ribera del río Guadalete, sino en las inmediaciones de la laguna de la

⁵⁴ José y Manuel OLIVER Y HURTADO, *La batalla de Vejer o del Lago de la Janda, comunmente llamada de Guadalete*, Granada, 1869. Me fue imposible localizar esta publicación en Madrid, pero las veces que fue repetido el argumento, ora para impugnarlo ora para secundarlo, me permiten consignarlo dentro de nuestro estudio. El único ejemplar del que tengo noticia se encuentra en la sede del CSIC en Granada.

Janda⁵⁵. El ambiente positivo de la época invitaba a aceptar una noticia novedosa que parecía estar fundada en una investigación rigurosa. Esta propuesta de localización geográfica se difundió rápidamente y sería avalada por la *Historia general de España* de Cánovas del Castillo, dando pie a una polémica interesantísima en la que todavía llegó a participar —y a dar por concluida— don Claudio Sánchez-Albornoz⁵⁶.

Lo que estaba en juego con esta publicación era más que un cambio de nombre; se trataba de conocer el lugar exacto, preciso, en el que había caído la monarquía visigoda. La importancia de esta noticia no estaba relacionada sólo con un afán meramente erudito, sino con la construcción de una identidad colectiva de carácter nacional que buscaba sólidos pilares sobre los cuales descansar, pues tan importante era ofrecer una fecha indubitable como saber en qué sitio había terminado el reino visigodo.

José Duarte de Beluga (?-?): la importancia del centenario

La segunda obra es el opúsculo que en 1887 escribió el malagueño José Duarte con motivo del IV Centenario de la Reconquista de Málaga por los Reyes Católicos⁵⁷. El autor tomó como base las obras de dos malagueños: las *Conversaciones históricas* de Cecilio García de la Leña y la *Historia de Málaga y sus provincias* de Francisco Guillén Robles, la cual, en muchos casos, transcribió literalmente. Sin embargo, debe ponderarse de forma positiva el intento de Duarte por transmitir una visión más positiva de la presencia musulmana en su localidad. Aunque los párrafos no son suyos sino de Robles, el autor asentaba la idea de que en medio de las vicisitudes políticas de los reinos musulmanes

«... que se hundan poco a poco bajo la marca ascendente de la Reconquista [...], se desarrolla una brillante civilización cuya ciencia ha pro-

⁵⁵ Sobre los hermanos Oliver y Hurtado, véase PELLISTRANDI, *Un discours national?...*, op. cit., p. 407, y PASAMAR y PEIRÓ, *D. H. E. C.*, op. cit., pp. 450-451.

⁵⁶ Claudio SÁNCHEZ-ALBORNOZ, «Otra vez Guadalete y Covadonga», *CHE*, núm. 1, pp. 11-114. En este trabajo, el abulense defendía la idea de que la batalla había tenido lugar en las márgenes de Guadalete. A este debate había contribuido desde una perspectiva militar el general Ricardo Burquette con *Rectificaciones históricas: De Guadalete a Covadonga y primer siglo de la Reconquista en Asturias. Ensayo de un nuevo método de investigación e instrumento de comprobaciones para el estudio de la Historia general*, Madrid, Imprenta Helénica, 1915.

⁵⁷ JOSÉ DUARTE DE BELLUGA, *Apuntes históricos de la Reconquista de Málaga por los reyes Católicos en 19 de agosto de 1487. Relación de las epidemias, terremotos, inundaciones y hechos más notables ocurridos desde la fundación de Málaga hasta nuestros días*, Málaga, Tipología de Ramón Giral e Hijo, 1887.

ducido excelsos nombres, con los que empieza hoy a enorgullecerse nuestra patria; cuya agricultura aumentó bellezas a la espléndida hermosura rica de Andalucía, cuya arquitectura ha dejado aéreos palacios, que parecen trabajo de hadas; cuyo comercio unió nuestras regiones a las más lejanas de Asia; cuya industria recogió en su mente las variadas tintas de la naturaleza, para fijarlas en las preciadas obras de sedería, en los rasos, en los brocados, en los damascos y en los tisúes[...]⁵⁸.

Duarte iniciaba su relato indicando que, poco después de su unión, los Reyes Católicos, se prepararon «... a arrojar del todo de la Península a aquellas vencedoras legiones que hicieron ondear por espacio de ocho siglos las banderas del profeta con mengua de la cristiandad y desdoro del nombre español»⁵⁹. Del largo sitio al que fue sometida la plaza, Duarte de Belluga destacaba la resistencia heroica de la población, la presencia de la reina Isabel, el hambre de los sitiados y las escaramuzas desarrolladas hasta la rendición de la ciudad, verificada el 18 de agosto de 1487. A continuación, el autor describía la ceremonia de entrega de la ciudad y la forma en que la antigua mezquita fue convertida en catedral, así como la transformación urbanística que experimentó la ciudad, resaltando la fundación de iglesias, conventos y hospitales. Finalmente, el autor relata algunos sucesos notables como inundaciones, hambrunas y pestes ocurridas en Málaga desde el año de su «reconquista»⁶⁰ hasta su época. Como dato curioso, debo señalar que el programa de festejos del centenario incluía una procesión de la imagen de Nuestra Señora de la Victoria a la catedral, una corrida de toros, un concierto de la sociedad filarmónica, una «función teatral alusiva a la Reconquista» y una «exhibición de la cabalgata histórica»⁶¹.

Dos son los aspectos que me parece importante resaltar en la obra de Duarte de Beluga. El primero sería la labor de difusión realizada entre los asistentes a los festejos —es decir, entre el pueblo— del contenido de obras historiográficas de mayor calado; el segundo sería la utilización exclusiva del vocablo *reconquista* y su asociación con la idea de expulsar a las «legiones» invasoras para recuperar así la totalidad del territorio peninsular.

Francisco Jiménez Campaña (1850-1916): la importancia del sermón

El 2 de enero de 1894, el escolapio Francisco Jiménez —natural de Loja— pronunció un sermón en la catedral de Granada con motivo del

⁵⁸ *Ibid.*, p. 6.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 7.

⁶⁰ *Ibid.*, p. 15.

⁶¹ *Ibid.*, p. 46.

aniversario de la reconquista de la ciudad⁶² en el que el sacerdote suscribía la interpretación providencialista sobre el final del reino visigodo que creíamos desaparecida del discurso historiográfico. En este sentido, la «Reconquista» se presentaba como una penitencia de ocho siglos al final de la cual España fue redimida de sus pecados, al tiempo que la conquista de Granada se consideraba la culminación una lucha «homérica». En este sentido, es necesario hacer notar que el tono del discurso es bastante violento y que en él se reproducían los estereotipos negativos sobre los musulmanes y su cultura:

«Excmos. señores:

Granada [...] matrona cristiana vestida de fortaleza, purificada en el crisol de los siglos, que con desdichas y persecuciones no te pudieron arrancar la fe; ciudad llorada de los árabes que te robaron, a quienes con tus virtudes hiciste hombres de fieras, y a las veces caballeros de bandidos; reposo y solaz de la gente española, que sólo en ti pudo encontrar respiro descuidado de aquella jornada trabajosa de ocho siglos, en que tenía por descanso la guerra, por gala los arreos de campaña y por mesa de sus festines el bélico tambor de las batallas; sepulcro de tus reyes conquistadores [...] Tú no dejas de ser la ciudad de los Reyes Católicos, y en este día en que te reconquistaron para la Religión y la Patria, olvidadas tus penas [...] y a la sombra de aquella gloriosa enseña de tus príncipes vienes al templo, siguiendo al Municipio, en busca de la Cruz, triunfadora de la Media Luna, para ver abrazadas en un haz, y bendecidas por tu Egregio Pastor, la venerada insignia del Cristianismo y la bandera de la Patria»⁶³.

Y si el inicio del sermón era ya bastante exaltado, el final se convierte en algo apoteósico en el que se nos presenta la conquista de Granada como la contrapartida de Guadalete y a Isabel y Fernando como los opuestos de Rodrigo⁶⁴, al tiempo que se insiste en el hecho de que los musulmanes nunca pudieron hacerse españoles y en la idea de que si algo bueno dejaron fue gracias al influjo hispano. Todo ello permitía concluir al pastor: «Bien hace el pueblo granadino en venir al templo, acaudillado por sus ediles y recibido por su bondadoso Pastor, a dar gracias a Dios por la reconquista de esta ciudad y acabamiento del poderío musulmán en nuestra patria [...]. La reconquista, pues, de

⁶² Franciso JIMÉNEZ CAMPANA, *Sermón que en el aniversario de la Reconquista de Granada predicó en la Santa Metropolitana Iglesia Catedral de esta ciudad el día dos de enero de 1894 el Rvo. P. Francisco Jiménez Rector del Colegio de Padres Escolapios de esta capital*, Madrid, Imprenta San Francisco de Sales, 1894.

⁶³ *Ibid.*, pp. 5-6. Más adelante diría: «Así comenzó aquel rudo trabajo de cíclopes y titanes, en que al golpe centelleante de los aceros se reconquistaba la patria perdida...».

Ibid., p. 9.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 15.

Granada por los Reyes Católicos, es el triunfo completo de la cruz sobre la Media Luna»⁶⁵.

Me parece importante resaltar el hecho de que este sermón muestra claramente que el uso del término *reconquista* para hacer referencia al conflicto medieval entre cristianos y musulmanes se había difundido ya en provincias a finales del siglo XIX y se había identificado con los sentimientos y las concepciones nacionalistas. De esta suerte, es muy significativo que sea la interpretación hecha por el catolicismo integrista la que se pretenda difundir a un público compuesto por los distintos sectores de la sociedad granadina, reunidos precisamente para conmemorar la reconquista de Granada. Se difundía así, de forma oficial, una de las tres interpretaciones existentes sobre los acontecimientos del siglo VIII y lo inquietante en este caso concreto no es que se plantea de nuevo una interpretación providencialista, sino que el discurso llevaba explícito un mensaje de intolerancia, desprecio y odio hacia los musulmanes que sería utilizado en las empresas sobre Marruecos de las décadas siguientes.

Francisco Simonet y Baca (1829-1897): la importancia del arabismo conservador

En 1896, el arabista malagueño Francisco Javier Simonet publicó unos *Cuadros históricos y descriptivos de Granada coleccionados con motivo del 40 centenario de su memorable Reconquista*⁶⁶. Este trabajo refleja la manera en que los presupuestos ideológicos desde los cuales se acercaban los distintos historiadores a la Edad Media hispánica podían influir de forma determinante en la valoración de la cultura musulmana. Si bien no puede dejar de reconocerse la labor realizada por Simonet —cristalizada en trabajos como su *Descripción del Reino de Granada bajo la dominación de los Naseritas* (1860) o su *Historia de los mozárabes* (1897-1903)—, no es menos cierto que pertenecía a la rama conservadora del arabismo y poseía unos valores marcadamente católicos y que ambos elementos le impidieron reconocer en la cultura andalusí la capacidad creativa que veían en ella otros arabistas, como el propio Gayangos o Francisco Codera⁶⁷.

⁶⁵ *Ibid.*, pp. 17-18.

⁶⁶ SIMONET, *Cuadros históricos...*, *op. cit.* Entre la extensa producción de Simonet, he preferido centrarme en este trabajo por ser menos conocido y por estar dedicado expresamente a la reconquista de Granada. Para unos datos biográficos véase PASAMAR y PEIRÓ, *D.H.E.C.*, *op. cit.*, pp. 594-595.

⁶⁷ RIVIÈRE GÓMEZ, *Historia, historiadores e historiografía...*, *op. cit.*, p. 86.

La intención de nuestro arabista en esta obra no era tanto explicar los acontecimientos de la guerra de Granada como defender la actuación de los Reyes Católicos y justificar la expulsión de los judíos, la conversión forzosa de los musulmanes y la quema de libros hecha por el cardenal Cisneros, todo en aras de «la unidad nacional». Y es que es precisamente la adscripción de Simonet al catolicismo integrista y es esa concepción de la unidad española la que determina su obra. Estos prejuicios explican también la imagen de decadencia moral, espiritual y política que ofrece de los musulmanes, así como la infravaloración que hace de sus aportes culturales, los cuales, según nuestro arabista, sólo fueron producto de la influencia hispano-cristiana, es decir, de la cultura que desde su punto de vista se consideraba superior. Esta idea no era nueva y era quizás el mayor problema que enfrentaban los arabistas del sector conservador: insertos en un marco de expansión colonialista, debían justificar, por una parte, la superioridad española sobre Marruecos para legitimar su acción civilizadora en este país; pero, al mismo tiempo, no podía hacerse sin tener en cuenta que los antepasados de esos marroquíes eran los que habían cruzado el estrecho en el siglo VIII y habían construido la mezquita de Córdoba y la Alhambra y habían hecho de Córdoba el mayor centro intelectual de Occidente. La solución pasaba por hispanizar a los musulmanes —de ahí el auge que tuvo el término «España islámica» o «España musulmana»—, pues si habían construido algo tan magnífico como la Alhambra, era debido al influjo español. En el fondo, el verdadero debate consistía en aceptar o no la historia y la herencia andalusí como parte integrante del ser español. Para los liberales ésta era una cuestión relativamente sencilla, pero para los católicos integristas, que hacían de los valores cristianos parte esencial del nacionalismo español, esta aceptación era prácticamente imposible.

Es en el prólogo donde se refleja más claramente la simbiosis entre «la Reconquista» y el nacionalismo católico. En él, Simonet se queja amargamente del hecho de que la «funesta tolerancia» religiosa, producto de los «pensamientos sin fe de la política contemporánea», había «desecho la gran obra de Recaredo y los Reyes Católicos» y se lamentaba, asimismo, de lo «quebrantadas que estaban la unidad religiosa, política y nacional», aunque aspiraba a que pronto iniciase la regeneración de España y que precisamente la conmemoración del cuarto centenario de la conquista de Granada reavivase «la religiosidad y el patriotismo del noble pueblo español»⁶⁸. En consonancia con estas ideas, Simonet haría de la Reconquista poco menos que el motor de la historia mundial: «Granda, España, Europa y el mundo entero se preparan a celebrar con inusitada pompa y regocijo el suceso tan fausto y trascendental de la

⁶⁸ SIMONET, *Cuadros históricos...*, op. cit., pp. IX-XI.

reconquista de esta ciudad, enlazándole en muchas partes con el cuarto centenario del descubrimiento de América por un inmortal Genovés, patrocinado por los insignes Monarcas que emanciparon a Granada del yugo sarracénico»⁶⁹.

El texto de Simonet es, pues, reflejo del pensamiento conservador decimonónico que vivía anclado en el pasado y buscaba restaurar la gloria antigua en las mismas claves políticas, religiosas y sociales del siglo XVI, sin percatarse de que en el siglo XIX la clave del «progreso», la civilización y el dominio de otras regiones del planeta estaba en la industrialización y la modernización de los distintos aspectos de la vida, desde la educación hasta la libertad de conciencia. En este sentido, es importante señalar que a finales de la centuria «la reconquista» se convirtió en una clave privilegiada del proceso histórico español. De esta suerte, Simonet hacía constar que el pasado se entendía gracias a la Reconquista, mientras que el presente desastroso que le había tocado vivir se explicaba por la traición a los valores impuestos por la Reconquista; en consecuencia, el futuro sólo podía ser glorioso si se apelaba de nuevo a esos valores reconquistadores. En el siglo XX, el régimen franquista aprovecharía todas estas ideas y construiría con ellas una versión determinada de la historia, de tal suerte que la Reconquista dejaría de ser un mito fundacional (el del origen de la nación española) y un concepto historiográfico para convertirse en el fundamento histórico de una ideología de Estado (el nacional-catolicismo), es decir, en un concepto político, al menos durante el primer franquismo.

La Reconquista en la historiografía catalana de la *Renaixença*

Frente al discurso casticista que negaba la especificidad de otras regiones de España, surgieron diversas historiografías que cuestionaron dicho modelo, negándose a aceptar que lo castellano representaba lo español. Una de las más activas fue la historiografía catalana, la cual, imbuida de un espíritu positivista y catalanista, continuó la senda abierta por Próspero Bufarull con el fin de legitimar un proyecto político auspiciado por una burguesía consciente de su especificidad y orgullosa de su identidad histórica y colectiva; en consecuencia, el discurso histórico sirvió para ofrecer pruebas fehacientes de permanencia de tal especificidad a lo largo de los siglos⁷⁰. Los acontecimientos del siglo VIII fueron reinterpretados dentro de este marco con un doble resultado: por una parte, se

⁶⁹ *Ibid.*, pp. VII-VIII.

⁷⁰ AURELL, «La formación del imaginario histórico catalán...», *op. cit.*, pp. 257-288, esp. p. 257.

obtuvo la creación de un «imaginario histórico» específicamente catalán; por el otro, se logró la liberación del discurso historiográfico de las leyendas que lo habían acompañado a lo largo de los siglos, adquiriendo con ello un alto grado de científicidad⁷¹.

Mi análisis se ha centrado en las obras de Víctor Balaguer, Antoni Bofarull, Antoni Aulestia y Norbert Font y Sague. Mientras los dos primeros escribieron en castellano, los segundos lo hicieron en catalán, mostrando con ello la pujanza que el sentimiento nacionalista había adquirido en las últimas décadas del siglo XIX⁷².

Víctor Balaguer y Cirera (1824-1901): el último romántico

Miembro de las Reales Academias de Historia, de Buenas Letras de Barcelona y de Bellas Artes de San Fernando, entre otras, Víctor Balaguer, natural de Barcelona, contaba con probadas credenciales para redactar una *Historia de Cataluña y de la Corona de Aragón* (1860) en función de los nuevos criterios historiográficos⁷³.

En el prólogo de la segunda edición, el autor se defendía de las acusaciones que había recibido de no trabajar conforme al método histórico. En su defensa argumentaba que existían muy pocas obras que hablaran específicamente sobre Cataluña, como no fueran los *Annales* de Feliu de la Peña y los *Condes vindicados* de Bofarull, y quienes estaban interesados en conocer su historia tenían que acudir a las historias generales de España «por lo común poco discretas y siempre poco explícitas al tratarse de Cataluña»⁷⁴. Así, el autor se proponía revisar y corregir lo dicho en la primera edición a partir de nuevas informaciones con el fin de dar a conocer «la historia de una de las más importantes regiones españolas»⁷⁵.

⁷¹ *Ibid.*, p. 259. Sobre la historiografía catalana de este período, véase SOBREQÜÉS, «Les històries generals de Catalunya...», *op. cit.*, pp. 19-35; ANGUERA, *op. cit.*, pp. 73-88; GRAU I FERNÁNDEZ, «La historiografía del romanticismo...», y CASASSAS, «La historiografía del positivismo», en BALCELLS (ed.), *op. cit.*, pp. 161-186, y WULFF «Identidades, pertenencias, catalanidades: de Pi a Prat», *op. cit.*, pp. 164-185.

⁷² Cfr. WULFF, *op. cit.*, pp. 164 y ss.

⁷³ VÍCTOR BALAGUER, *Historia de Cataluña y de la Corona de Aragón escrita para darla a conocer al pueblo, recordándole los grandes hechos de sus ascendentes en virtud, patriotismo y armas y para difundir entre todas sus clases el amor al país y la memoria de sus glorias pasadas*, Barcelona, 1860 (2.^a ed. ya citada). Me ha sido imposible trabajar con la primera edición. Sobre Balaguer, véase PASAMAR y PEIRÓ, *op. cit.*, pp. 97-99; PELLIS-TRANDI, *Un discours national?...*, *op. cit.*, pp. 375-376, y SOBREQÜÉS, *op. cit.*, pp. 22-25.

⁷⁴ BALAGUER, *op. cit.*, vol. I, p. VI.

⁷⁵ *Ibid.*, vol. I, p. V.

En el proemio, nuestro académico daba cuenta del interés que a principios de la década de 1860 existía por conocer la historia catalana y por elaborar «un cuerpo de historia [...] que enlazase todos los trabajos parciales [...] por una hilación sostenida [y] purgada de fábulas y ridiculeces»⁷⁶. Así, nuestro historiador deseaba que su texto fuese «una historia verdadera para los demás, es decir, para aquellas clases poco acomodadas, o demasiado perezosas, que no tienen medios ni alcances, o no hallan ocasión de tenerlos, para visitar archivos, recorrer bibliotecas y poseer todas las crónicas y libros que se han publicado sobre Cataluña...»⁷⁷. Por otra parte, Balaguer sostenía que su único deseo al escribir esta historia era «el de ser útil» a la patria, formando el «cuerpo de historia» del que tanta necesidad tenía Cataluña y demostrando que los catalanes no eran unos «rebeldes» y «revolucionarios», sino «hombres entusiastas de su independencia, leales y adictos a sus libertades»⁷⁸. Finalmente, el autor criticaba duramente a quienes, al escribir historias generales, identificaban a Castilla con España, pues veía en ello una forma de imponer un centralismo que implicaba «la muerte política de España». Para Balaguer, el auténtico patriotismo consistía en reconocer la pluralidad étnica, lingüística y geográfica de cada una de las «diferentes nacionalidades» que «formaban el núcleo de la patria común»⁷⁹.

Balaguer suscribe una interpretación providencialista sobre el fin del reino visigodo, según la cual «Dios iba a hacer sonar su última hora» debido a los «desórdenes y crueldades» de Witiza y Rodrigo que mancharon el trono y «veían transcurrir sus horas en el desenfreno y las orgías»⁸⁰. Sin embargo, el autor consideraba el episodio de Rodrigo y la Cava como una «conseja falaz y soñada en tiempo de los romanceros», aunque daba por buena la traición del conde Julián, señalando que los godos perdieron «a orillas del Guadalete [...] su rey, su honra y su nacionalidad»⁸¹.

En las páginas relativas al inicio de la Reconquista, Balaguer exalta el espíritu de resistencia de los habitantes del Pirineo, al tiempo que suscribía una línea de interpretación —cercana a la de Patxot—, según la cual, quienes iniciaron la Reconquista no fueron los «godos» ni los «españoles», sino las distintas «nacionalidades» que habitaban en España —«catalanes, astures, gallegos, aragoneses, vascos y navarros»— y no para «restaurar» la monarquía visigoda, sino para «echar al invasor de su territorio», lanzándose cada una «por sí sola y por su

⁷⁶ *Ibid.*, vol. I, p. 2.

⁷⁷ *Ibid.*, vol. I, p. 2.

⁷⁸ *Ibid.*, vol. I, p. 4.

⁷⁹ *Ibid.*, vol. I, pp. 4-5.

⁸⁰ *Ibid.*, vol. I, p. 149.

⁸¹ *Ibid.*, vol. I, p. 150.

propia cuenta a la reconquista»⁸². Así, nuestro académico daba cuenta de que en el año 713 los árabes se apoderaron, una tras otra, de Lérida, Urgel, Tortosa, Tarragona, Vich, Barcelona, Gerona, Ampurias y Rosas hasta llegar a los Pirineos, donde detuvieron su avance, limitándose «sólo a correrías de reconocimiento o algaradas por la otra parte de los montes»⁸³. Ante tales avances, «lo positivo y evidente» era «que muchos moradores de Barcelona, de Tarragona, de otros pueblos, comarcas y ciudades, muchos catalanes, en fin, corrieron a ampararse en los Pirineos, haciéndose un baluarte de aquellas fragosidades y asperezas», especialmente en los montes del Canigó, Caspir y Conflent. «Allí iremos —apunta Balaguer repitiendo el tropo del relato asturiano— luego a encontrarles, retirados en aquellas quebradas e inexpugnables sierras, condensando elementos y allegando recursos para lanzarse a la reconquista de su patria»⁸⁴.

Ante la falta de noticias verídicas, Balaguer no dudaba en recrear los orígenes de la Reconquista, asumiendo la existencia de Otger Cataló y reproduciendo en lo esencial el esquema sobre los orígenes del movimiento asturiano, haciendo énfasis en la triple naturaleza de la guerra —«la libertad, la religión, la patria»— y llegando a asimilar explícitamente la figura de Otger con la de Pelayo:

«¿Quién era aquel hombre que se atrevía a levantar un pendón y a tremolar un estandarte para que se reunieran bajo sus pliegues todos los pueblos que quisiesen ser libres? ¿Quién era aquel hombre que se presentaba como un lazo de alianza entre el pasado y el porvenir? ¿Quién aquel que se atrevía a comenzar una lucha de gigantes? [...] Era Otgero u Otger, el Pelayo catalán, a cuyo nombre añadía, según unos, el de Catalón...»⁸⁵.

Con todo, Balaguer reconocía que «... bien pudiera ser que no fuese en último resultado sino un sencillo montañés, de ancho corazón y de suficiente amor patrio para tremolar el estandarte de guerra contra los invasores, en nombre de la independencia...»⁸⁶. En cualquier caso, Otger «fijó su tienda solitaria en los Pirineos y aplicó a sus labios la trompa de guerra de la que salió el primer sonido que hizo estremecer aquellas montañas. Nueve guerreras trompetas contestaron a la suya, nueve patriotas y esforzados varones [...] acudieron a ponerse bajo las órdenes del caudillo que se sentía con resolución para comenzar una guerra santa,

⁸² *Ibid.*, vol. I, p. 222.

⁸³ *Ibid.*, vol. I, p. 225.

⁸⁴ *Ibid.*, vol. I, p. 227.

⁸⁵ *Ibid.*, vol. I, pp. 233-234.

⁸⁶ *Ibid.*, vol. I, p. 234.

diciendo sólo, como los cruzados más tarde al ir a Palestina: ¡Dios lo quiere!»⁸⁷. Tras dilucidar cuáles noticias eran ciertas a propósito de Otger, Balaguer narraba su entrada en Cataluña y concluía señalando que «muerto el digno caudillo que había sido el primero en emprender la reconquista» correspondió a Dapifer de Moncada levantar el cerco sobre Ampurias, refugiándose después en las montañas⁸⁸.

Los capítulos cuarto y quinto describen las entradas de Carlomagno en España y es en el capítulo sexto en donde encontramos la narración de la expedición de Luis el Piadoso sobre Barcelona. Como Balaguer no puede agregar ningún dato nuevo, prefiere recrearse en la descripción del cerco, resaltando el valor de unos y de otros y la firme actitud del rey aquitano a pesar de encontrarse cerca el invierno. «Barcelona se entregó —concluía nuestro autor—, por lo que parece el día 25 de diciembre de 801, a los 88 años de haberla ocupado las huestes de Muza, después de más de un año de bloqueo y siete meses de sitio y a las seis semanas de haber llegado el cuerpo de reserva de Ludovico Pío a reunirse con el ejército sitiador⁸⁹. La entrada triunfal tuvo lugar el domingo 26 y el monarca, precedido de los sacerdotes, se dirigió a la catedral «a rendir al pie de la Santa Cruz los laureles del triunfo y a dar humildes gracias a la providencia que devolvía Barcelona a la cristiandad y a la gloria de las católicas armas»⁹⁰. Barcelona tendría a partir de entonces una importancia estratégica en tanto núcleo de las operaciones de los cristianos y poseía, asimismo, una importancia simbólica, puesto que «había dejado de ser [...] un castillo de Mahoma» y «renacía para ser un baluarte de Cristo [...], convirtiéndose de esclava en señora»⁹¹.

Nuestro barcelonés dedicaba el capítulo séptimo a reflexionar sobre la naturaleza de este suceso y las verdaderas intenciones de los francos, preguntándose si «¿vinieron los monarcas franceses a Cataluña para avasallarla o para librarla del poder de los moros?» y si «¿vinieron a encender la guerra en este país a gusto de sus moradores o mal de su grado?». A la primera pregunta respondía que «vinieron indudablemente para lo segundo»⁹²; a la segunda contestaba ampliamente señalando que «no hay sino estudiar todos los acontecimientos que se sucedieron, desde que tuvo lugar el primer alarde de reconquista en los Pirineos, hasta la entrada de Ludovico Pío en Barcelona, para comprender que

⁸⁷ *Ibid.*, vol. I, p. 235.

⁸⁸ *Ibid.*, vol. I, p. 247.

⁸⁹ *Ibid.*, vol. I, p. 235.

⁹⁰ *Ibid.*, vol. I, p. 237.

⁹¹ *Ibid.*, vol. I, p. 308.

⁹² *Ibid.*, vol. I, p. 311.

vinieron a gusto de los naturales, y aun llamados por estos, que de su auxilio necesitaban»⁹³.

A propósito de Wifredo el Velloso, Balaguer aseguraba que se había convertido en «conde de Barcelona por voluntad de los catalanes» en el año 873⁹⁴ y asentaba a continuación que «durante su gobierno hubo continuas luchas con los moros, que pugnaban por reconquistar lo perdido, estrellándose en el muro de hierro que por frontera de sus estados les oponían los pechos catalanes»⁹⁵.

Un elemento que resulta original en la *Historia* de Balaguer es la importancia que concedió al saqueo de la ciudad condal por parte de Almanzor —narrado en tono apocalíptico con palabras semejantes a las usadas por la crónica Mozárabe y comparada con lo que «fuera un día la batalla de Guadalete para España toda»—⁹⁶ y su recuperación por el conde Borrel, suceso que fue interpretado como una continuación de la lucha por «la independencia» iniciada por Wifredo el Velloso y como «el recobro de la patria perdida»⁹⁷.

Es fácil sumarse a la opinión de los estudiosos que han calificado la obra de Balaguer como una obra carente de un sólido criterio positivista, pues no sólo aceptó noticias fabulosas, sino que, más que explicar los procesos históricos e iluminar los episodios oscuros del pasado catalán con documentación inédita, en realidad reivindicaba el papel y la historia del condado frente a los historiadores castellanos.

Antoni Bofarull y Brocá (1821-1892): el primer positivista

Nacido en Reus y director del Archivo de la Corona de Aragón, Antoni Bofarull contribuyó con una extensa *Historia crítica (civil y eclesiástica)* al mejor conocimiento de su tierra con base en un auténtico espíritu positivista⁹⁸.

La obra se abre con un prólogo dedicado al «curso y formación de la historia de Cataluña» en el que encontramos una interpretación indigenista de la historia peninsular en la línea de Patxot, según la cual los

⁹³ *Ibid.*, vol. I, p. 312. Volvería a insistir en esta idea en el capítulo siguiente, p. 315.

⁹⁴ *Ibid.*, vol. I, p. 375.

⁹⁵ *Ibid.*, vol. I, p. 400.

⁹⁶ *Ibid.*, vol. II, p. 28.

⁹⁷ *Ibid.*, vol. II, p. 31.

⁹⁸ Antoni BOFARULL Y BROCÁ, *Historia crítica (civil y eclesiástica) de Cataluña*, 9 vols., Barcelona, Juan Aleu y Fugarull, 1876. Cfr. ANGUERA, *op. cit.*, p. 86.

distintos pueblos «invasores», incluyendo a los «dominadores godos», sometieron a «las antiguas tribus», dejando su impronta en la región. De esta suerte, tras la irrupción musulmana, «los antiguos pobladores [...] se propusieron reconquistar el país usurpado, de lo que resultó que cada caudillo, en los avances que se verificaban por los distintos extremos, se erigiese en rey, y de aquí que fuesen naciendo los diversos estados, reinos, condados o señoríos, que se conocieron durante la Edad Media» hasta que, mediante alianzas matrimoniales, quedaron «bajo la nacionalidad general de España»⁹⁹. Dentro de este proceso histórico, Cataluña habría desempeñado un papel preponderante «como estado independiente cuando la reconquista», por lo que el autor sostenía que era menester reconocer que «su importancia» era «igual a la que puede atribuirse a cada región o nación de aquellas naciones [...] que figuraron en el suelo hispano»¹⁰⁰. Tal reivindicación nacía de la poca atención que los historiadores generales concedían a la historia catalana y particularmente Mariana, quien «... al llegar a los tiempos de la reconquista...», daba cuenta sólo de Castilla, «cuyos sucesos vienen a constituir como un río principal, por cuyas inmediaciones culebrean otros insignificantes arroyos que al fin y al cabo han de rendir sus aguas a la gran madre»¹⁰¹. Así, Bofarull, invitaba a los estudiosos a aprovechar la documentación de los fondos «de los monasterios de Ripol, Bellpuig [y] Cuxa [...], donde se guardaban documentos de los primeros reyes francos que intentaron la reconquista de Cataluña...»¹⁰².

Bofarull se decantaba por una explicación política de la caída del reino visigodo sustentada tanto en la ambición de los musulmanes —que habrían «de acabar cuanto antes con la gran nación española, substituyendo por entero su civilización y sus costumbres»—¹⁰³ como en una grave crisis interna, por lo que desestimó tanto las noticias sobre la conducta de Witiza —a quien tiene por «rey justo y liberal»¹⁰⁴, aunque reconocía que había caído en excesos de lujuria— como las acciones atribuidas a Rodrigo y Julián por considerar que eran «novela de seductor asunto para la imaginación» que deberían «escandalizar» a los auténticos historiadores¹⁰⁵.

Eliminadas las explicaciones providencialistas sobre el fin de la monarquía visigoda, nuestro erudito opinaba que eran tres las «verdaderas

⁹⁹ BOFARULL Y BROCA, *op. cit.*, vol. I, p. II.

¹⁰⁰ *Ibid.*, vol. I, p. II.

¹⁰¹ *Ibid.*, vol. I, p. IV.

¹⁰² *Ibid.*, vol. I, p. VII.

¹⁰³ *Ibid.*, vol. I, p. 217.

¹⁰⁴ *Ibid.*, vol. I, p. 219.

¹⁰⁵ *Ibid.*, vol. I, p. 220.

causas que puede atribuirse la pérdida de los Godos y el consiguiente triunfo de los Árabes». La primera consistía en las divisiones existentes entre los hispano-romanos y los visigodos, puesto que los primeros pertenecían, en su mayoría, a «la raza dominada» y «ningún interés podían sentir por el país donde habían nacido, y en cuyo corazón no ardía, si cabe así decirlo, la llama santa del amor patrio, elemento principal de vida para toda nacionalidad...»¹⁰⁶; la segunda eran las luchas políticas provocadas por el sistema electivo que regía la monarquía, pues generaban continuas «parcialidades y banderías»¹⁰⁷; la tercera era la coincidencia de estos enfrentamientos con la propia irrupción musulmana¹⁰⁸, de tal suerte que «tras la muerte del rey [Rodrigo] y la dispersión del ejército, aterrorizados los Españoles, sin jefes y sin dirección, no pudieron en adelante más que oponer al nuevo enemigo resistencias parciales e infructuosas»¹⁰⁹.

Bofarull señala que, durante los primeros momentos de la invasión, Cataluña se convirtió en refugio de quienes huían del torrente extranjero «y no tenían ganas de transigir con los nuevos conquistadores»¹¹⁰, aunque no dejaba de reconocer que los musulmanes acordaron con las ciudades que se entregaron pacíficamente diversas capitulaciones en las que se respetaban templos, leyes, jueces y religión. Por su parte, la resistencia de Tarragona permitía al autor exaltar a los «ardientes patricios»¹¹¹ «hispano-godos» refugiados en Cataluña que habían iniciado allí una «defensa más o menos organizada»¹¹², resistencia cuyo inicio coincidía

«precisamente con la de los cristianos de Asturias para emprender la reconquista, pues se fija en el año 718 el principio de la nueva monarquía o reinado de Pelayo, y si en aquel rincón de la península hubo suficiente decisión para tan alta empresa, cuéntese, que no permanecerían indolentes los grandes grupos de Hispanos que se encontraban guarecidos en diversos puntos de todo el Pirineo, así por la parte de Navarra y Aragón, como en la línea que sirve de límite a nuestra Cataluña»¹¹³.

Bofarull dedicó un espacio considerable a historiar el enfrentamiento entre Al-Samah y el duque Eudes de Aquitania, quien «era [...] la representación verdadera del elemento romano-godo, esparcido desde

¹⁰⁶ *Ibid.*, vol. II, p. 6.

¹⁰⁷ *Ibid.*, vol. II, p. 6.

¹⁰⁸ *Ibid.*, vol. II, p. 7.

¹⁰⁹ *Ibid.*, vol. II, p. 12.

¹¹⁰ *Ibid.*, vol. II, p. 13.

¹¹¹ *Ibid.*, vol. II, p. 15.

¹¹² *Ibid.*, vol. II, p. 16.

¹¹³ *Ibid.*, vol. II, p. 19.

España hasta Carmona», el cual se hallaba en constante «pugna con la raza franca, deseosa de extender su dominio hasta el Pirineo, para cuyo logro ningún derecho la favorecía, mientras que Eudes contaba con la voluntad del país», como lo demostraba su éxito en la batalla de Tolosa (11 de mayo de 721)¹¹⁴. Tras estos comentarios, el autor consignaba de forma pormenorizada las rencillas entre los caudillos árabes hasta llegar a la batalla de Poitiers-Tours, ocurrida en octubre de 732.

Más científico que Balaguer, Bofarull desestimó la leyenda de Otger Cataló haciendo uso de la cronología y de la documentación disponible, aunque no dejaba de reconocer que la leyenda tenía cierta base histórica¹¹⁵. En la exposición de este argumento, nuestro autor hacía de «la Reconquista» un proyecto alumbrado también por los catalanes desde fechas tempranas:

«Que los visigodos de Cataluña, empujados por las huestes sarracenas se redujeron a los montes Pirineos y allí permanecieron largo tiempo haciendo vida belicosa, ayudando a los de su misma raza [...] y verificando correrías y algaradas contra el enemigo común [...]; y que estos héroes, [...] prestaron [...] grandes servicios en la ocasión de la reconquista [...]; nadie lo puede dudar y nosotros mismos nos hemos esmerado en acreditarlo [...], pero [...] que se confunda la idea patriótica de reconquista con la imposición del sistema feudal y la repartición de los terrenos del país entre los principales caudillos, es imaginario empeño y empresa fácil...»¹¹⁶.

La conquista de Barcelona, por su parte, se recrea siguiendo los esquemas generales. Sin embargo, al reflexionar sobre la importancia del hecho, Bofarull prefería centrarse en los aspectos militares, pues decía que el objetivo de las «huestes conquistadoras» era «atravesar en irrupción el país en dirección a la ciudad que había de servir de capital o centro de operaciones del territorio adquirido, como igualmente servía a los árabes, pues de este modo, además del fuerte parapeto que debían ofrecerle las murallas de Barcelona, su puerto era de más fácil comunicación con las armadas francas y medio para no carecer de víveres en cualquier apuro»¹¹⁷. Por otra parte, el autor señalaba que convenía «hacer alguna observación» sobre la composición de los ejércitos «ya para justificar de lejos la intervención de nuestros compatriotas en la reconquista, como para evitar la trascendencia de la interpretación hecha por un autor respetable...»¹¹⁸. Así, reprochaba a Romey su parcialidad por señalar que

¹¹⁴ *Ibid.*, vol. II, p. 21.

¹¹⁵ *Ibid.*, vol. II, p. 38.

¹¹⁶ *Ibid.*, vol II, pp. 33-34.

¹¹⁷ *Ibid.*, vol, II, p. 78.

¹¹⁸ *Ibid.*, vol. II, p. 81.

en la conquista de Barcelona sólo habían participado huestes francas, puesto que los godos que mencionaban los poetas franceses que habían cantado el sitio, no eran otra cosa que «hispano-godos», que se habían refugiado en las montañas pirenaicas «esperando que llegase la hora de la reconquista». A ello añadía que Luis eligió al «godo» Bera para su gobierno y que dejó «la costumbre o ley goda en todo su vigor» y que a lo largo de la historia irían «apareciendo más pruebas [...] en justificación de la ayuda que prestaron los habitantes del país para la reconquista...»¹¹⁹. En este sentido, el autor concluía que la historia de Cataluña podía retrotraerse a las épocas anteriores a la conquista franca¹²⁰.

Por otra parte, el autor considera que tanto las conquistas de Wifredo el Velloso como las de Borrel fueron posibles gracias a las divisiones internas de los gobernadores musulmanes¹²¹. En el desarrollo de esta idea encontramos la recuperación del término *restauración*, vocablo que se utiliza simultáneamente con el de *reconquista* y bajo unas claves nacionalistas:

«En esta reseña puede haber observado el lector la razón evidente que pudieron tener nuestros antepasados para obrar como obraron, pues, aislados, y seguros en este extremo de la península, culpables hubieran sido si, para restaurar la patria, no aprovecharan el desquiciamiento general de los árabes [...] y así puede contarse de la manera que se restauraría nuestra patria bajo todos los conceptos, cuando, durante el espacio indicado, pudo verificarse la reconquista y gobernar tranquilamente dos príncipes venerados del país y animados del verdadero espíritu nacional»¹²².

Poco es lo que dice en la práctica acerca de las conquistas del Velloso, pero asentaba nuestro archivero que «para realizar empresas como la de la reconquista, no hay duda, era indispensable una organización que, considerando el caso militarmente, introdujese en cierto modo la disciplina...»¹²³, y explicaba a continuación la manera en la que se había articulado la nueva organización política y la forma en la que el orden visigodo fue suplantado por el sistema feudal. Los pocos párrafos dedicados a Wifredo el Velloso parecen corroborar el hecho de que Bofarull suscribía la idea de que la obtención de la plena soberanía no se obtendría sino a finales del siglo X, tras el saqueo de Barcelona por Almanzor. Nuestro archivero apoyaba su idea en el hecho de que el conde Borrel II se vio en la necesidad de «llevar a cabo el patriótico pensamiento de

¹¹⁹ *Ibid.*, vol. II, p. 82.

¹²⁰ *Ibid.*, vol. II, p. 91.

¹²¹ *Ibid.*, vol. II, p. 188.

¹²² *Ibid.*, vol. II, p. 193.

¹²³ *Ibid.*, vol. II, p. 194.

recobrar la capital»¹²⁴ sin recibir ayuda externa. El relato terminaba con una exaltación del valor que a lo largo de los siglos había distinguido al pueblo catalán y en el que hacía una mención explícita a Napoleón, a quien consideraba «el Almanzor de nuestros tiempos»¹²⁵.

Bofarull realizó un gran esfuerzo por construir una historia de Cataluña sobre las bases de la erudición y el positivismo, sin por ello renunciar a la reivindicación de las glorias pasadas con el claro propósito de mostrar que el condado debía ser considerado como parte integrante de la nación española y que, como tal, tenía el derecho a reclamar un papel relevante dentro del conjunto del Estado. Ello explicaría que Bofarull utilizara con más frecuencia el término *reconquista*, pues, al exaltar la participación catalana en esta lucha «nacional», Bofarull contribuía también a fortalecer la interpretación según la cual el único objetivo de los reinos hispanos durante la Edad Media había sido expulsar a los musulmanes.

Antoni Aulestia y Pijoan (1848-1908): un catalanista

Natural de Reus y miembro de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, Antonio Aulestia dio en 1887 a las prensas de La Renaixença una *Historia de Catalunya* redactada en su lengua materna¹²⁶, mostrando así no sólo la pujanza del movimiento catalanista, sino también el dinamismo de la burguesía local y la consolidación de un sentimiento identitario. Ferviente catalanista, Aulestia hacía notar en su prólogo que pocas regiones contaban con una pléyade de escritores tan distinguidos que escribiesen sobre la historia del terruño y proclamaba abiertamente que la intención de su obra era «augmentar l'entusiasme per les glòries de la terra, que de cada dies va estenent per tots els seus àmbits»¹²⁷. Sin embargo, era consciente de que esta utilización política de la historia sólo sería válida si la historia que escribía obedecía a los nuevos criterios metodológicos proclamados por el positivismo¹²⁸.

A propósito de los acontecimientos del siglo VIII es muy poco lo que podemos extraer en relación con nuestro trabajo, pues el autor tan sólo señala que «Wamba fomentà durant el seu regnat tots els avenços; féu bones lleis; i salvà a la Península de la primera intentona dels Àrabs, qual poderosa armada es presentà per nostres aigües, essent derrotada

¹²⁴ *Ibid.*, vol. II, p. 249.

¹²⁵ *Ibid.*, vol. II, p. 252.

¹²⁶ Antoni AULESTIA Y PIJOAN, *Historia de Catalunya*, 2 vols., Barcelona, La Renaixença, 1887.

¹²⁷ *Ibid.*, vol. I, p. X.

¹²⁸ *Ibid.*, vol. I, p. XI.

amb pèrdua de 270 naus»¹²⁹. A ello añadía que fue durante el reinado de Ervigio cuando comenzó la «decadència del reialme, que no pogueren depurar els monarques que el succeïren fins al final del segle, malgrat tenir a llur costat la preponderància dels concilis de Toledo i a afavorir-los la desaparició completa dels Imperials»¹³⁰. Por otra parte, al analizar la herencia de la civilización visigoda, Aulestia señalaba que «la sanch [sic] bàrbara no podia influir poderosament en la civilització romana, que tenia sobre ella una gran superioritat»¹³¹ y que por ello dejaron muy poco en las esferas del comercio, las artes y la industria, pero reconocía que los concilios toledanos contribuyeron a la corrección de costumbres, hecho que permitió la desaparición de las crueldades propias de la civilización romana¹³².

La relación de la invasión musulmana se abría con la historia de Mahoma y sus primeras conquistas, señalando las recompensas paradisiacas que el islam otorgaba a quienes morían en el martirio o en la guerra santa. Ya en el siglo VIII, los árabes-bereberes, que sitiaban Ceuta, veían desde las montañas del otro lado del Estrecho las «blancas y altísimas sierras y los verdes campos de la isla de Al-Andalus». De esta suerte, a la propia ambición y codicia musulmana, se sumaba la guerra civil entre los visigodos como causa de fondo que explicaba el éxito de la invasión islámica¹³³. Aulestia indicaba que la destrucción del ejército significó el final del imperio godo y que «les gents del país, mescla de Romans i Gots, de pobles indígenes i races sobrevingudes ni esma tingueren quasi per a defensar-se. La condició del poble rural i de les classes baixes era massa trista per que l'amor patri els mogués la voluntat a sostenir allò que s'enderrocava»¹³⁴.

Nuestro autor reseñaba a continuación las conquistas de Muza, Abaladaz y Tariq, quien se apoderó de Cataluña y llegó al pie de los Pirineos en el 714. En este punto, el autor se pregunta acerca de la naturaleza de las conquistas, respondiendo que «aquesta marxa triomfant de les armes dels Àrabs fou mes una ocupació que una conquesta»¹³⁵. En el desarrollo de esta idea, Aulestia señalaba que las únicas ciudades que sintieron el peso de la guerra fueron aquellas que presentaron resistencia, «com entre nosaltres Tarragona, Ausa [Vic] i Ampurias», y que, por lo general, los pobladores mantuvieron su autonomía local y su religión, llegando,

¹²⁹ *Ibid.*, vol. I, p. 104.

¹³⁰ *Ibid.*, vol. I, p. 105.

¹³¹ *Ibid.*, vol. I, p. 105.

¹³² *Ibid.*, vol. I, p. 106.

¹³³ *Ibid.*, vol. I, p. 109.

¹³⁴ *Ibid.*, vol. I, p. 110.

¹³⁵ *Ibid.*, vol. I, p. 111.

inclusive, a establecerse un alto grado de «compenetració»¹³⁶. Sin embargo, durante la época califal, las condiciones se tornaron más duras para los cristianos, se olvidaron los pactos y las alianzas y que «el jou de ferro que té la seva principal figura en Almanzor fomentà l'esperit de reconquesta»¹³⁷.

Significativo es el hecho de que la sección siguiente del capítulo se intitulara «Comença la reconquesta», indicando que este proceso comenzó en el Pirineo inmediatamente después de que llegaron los primeros refugiados: con ello restaba protagonismo al movimiento asturiano y concedía una gran importancia al enfrentamiento entre cristianos y musulmanes en la conformación de una identidad nacional catalana: «D'allà nasqué la reconquesta, de la cordillera pirenaica catalana detallaren després els oprimits a fundar la nacionalitat gloriosa que havia d'estendre's, com les aigües de les neus soberanes, per una i altra banda fins a tocar les caldejadades hortas de València i els salabrosos estanys de Salses»¹³⁸. Andando los años y frente a la disyuntiva de sujetarse al dominio árabe o al dominio franco, Aulestia explicaba que Cataluña, «naturalmente», había de inclinarse a lo segundo «por la afinidad de civilización» de tal suerte que «ja en 752 els gots de Narbona s'entreguen als Francs que posaven comtes en els territoris que afrontaven per aquella part amb el Pirineu»¹³⁹.

Con el fin de presentar los acontecimientos del siglo IX, el autor propuso una división cronológica de dicha centuria en tres partes, siendo la primera la «Reconquesta de la Catalunya vella pels monarques Francs»; la segunda la caracterizada por la «existència en aquesta comarca de governadors amovibles i dependents de la soberania franca. Guerres intestines» y la «Manifestació de l'esperit got o nacional amb tendència a emancipar-se del domini franc»; la última, la época donde «Wifred lo Pilós comença la dinastia comtal que es fa prompte independent i sobirana»¹⁴⁰.

La conquista de Barcelona por Luis el Piadoso fue relatada con exhaustividad¹⁴¹. El autor consideraba que una campaña de tal envergadura sólo pudo llevarse a cabo cuando al otro lado de los Pirineos se formó un poder «fuerte y capaz de contrarrestar las brillantes incursiones que los califas enviaban de las tierras del mediodía», de tal suerte que, en el

¹³⁶ *Ibid.*, vol. I, p. 112.

¹³⁷ *Ibid.*, vol. I, p. 112.

¹³⁸ *Ibid.*, vol. I, p. 113.

¹³⁹ *Ibid.*, vol. I, p. 115.

¹⁴⁰ *Ibid.*, vol. I, pp. 123-124.

¹⁴¹ *Ibid.*, vol. I, pp. 125-127.

ínterin, los «más ardientes godos que se habían refugiado en las cuevas y montañas del pirineo catalán» no pudieron tener esperanza de expulsar a los musulmanes; sin embargo, la ocasión se presentó cuando Carlomagno fue coronado emperador y comenzó a «recobrar» el territorio musulmán. Aulestia terminaba el pasaje señalando la importancia estratégica de la conquista de Barcelona en tanto que aseguraba el dominio de toda Cataluña Vieja¹⁴², constituyéndose así una «frontera» militar con los árabes que tenía como eje el curso del Llobregat¹⁴³.

Aulestia presentó a Wifredo el Velloso «principalment com a reconquistador i repoblador de tota l' alta Catalunya, des de les valls del Ter i la plana de Vic cap a Ponent fins a las riberes del Segre», señalando que dichas conquistas estaban «comprovades autènticament en les escriptures de dotació d'esglèsies, especialment la de Ripoll de 888»¹⁴⁴. El entusiasmo catalanista no impedía a Aulestia reconocer que Wifredo no conquistó Tarragona, puesto que «al restaurar part de la Catalunya traient els Àrabs, posà les seves fronteres en el Segre i en els contraforts de les corrents del Llobregat i del Noia, darrera dels quals ocupaven l' actual província de Tarragona els Àrabs, que ho dominaven amb lleugeres intermitències des del temps de la seva invasió»¹⁴⁵. En este sentido, el autor diría también que «l'esforç del seu braç i el coratge de seu pit asseguen per sempre més pels catalans la possessió de les seves volgudes valls i serres, les que havien vist envaïdes per les estranyes gents que duïen marcat en la seva cara el sol del desert i parlaven llengua forastera»¹⁴⁶. En estos párrafos se hace evidente un cambio interpretativo con respecto a Balaguer, pues Aulestia concedía más importancia a la figura de Wifredo el Velloso que a la de Luis el Piadoso como auténtico fundador de la nación catalana. Como resultado de esta lectura, el relato del saqueo de Barcelona por Almanzor ocupaba menos de espacio que en otras historias sobre Cataluña¹⁴⁷.

La obra de Aulestia es un importante eslabón en el proceso de construcción de la identidad catalana en términos nacionales. No sólo se trata de la reivindicación de un pasado bajo una óptica erudita y positiva, sino también de la recuperación y exaltación de una lengua y, por lo tanto, de la reivindicación de una nacionalidad. Así, el discurso historiográfico mostraba su utilidad como herramienta en la consecución de unos objetivos políticos.

¹⁴² *Ibid.*, vol. I, p. 129.

¹⁴³ *Ibid.*, vol. I, pp. 130-134.

¹⁴⁴ *Ibid.*, vol. I, p. 145.

¹⁴⁵ *Ibid.*, vol. I, p. 150. Aulestia volvería a emplear el vocablo *restauració* para hacer referencia a la fundación de los monasterios de Ripoll y San Juan de las Abadesas, lo que muestra su utilización exclusiva para hacer referencia al aspecto religioso. *Ibid.*, vol. I, p. 151.

¹⁴⁶ *Ibid.*, vol. I, p. 151.

¹⁴⁷ *Ibid.*, vol. I, pp. 178-179.

Norbert Font y Sague (1873-1910): un científico

El geólogo barcelonés Norberto Font y Sague escribió en 1899 una *Historia de Cataluña* destinada a servir como libro de texto en las escuelas elementales; tal éxito tuvo que en 1907 se publicó una segunda edición¹⁴⁸. En el prólogo, el autor daba cuenta del papel que había desempeñado la historia en la conformación y reivindicación de la nacionalidad catalana mediante la formación de un todo «armónico e indestructible»¹⁴⁹. En este sentido, Font afirmaba que «en el creciente progreso del nacionalismo faltaba un compendio de nuestra historia, un libro de propaganda que tanto pueda servir a aquel que ha acabado los bachilleres, como a aquel que hombre de cuarenta años, que fuese tan asequible al obrero que a duras penas toca un libro, como al hombre de carrera que pasa la vida entre ellos». En otras palabras, con un retraso de una década con respecto al proyecto de Eusebio Martínez, Font aspiraba a escribir la primera historia popular de Cataluña, «sin otras pretensiones que hacer un compendio de los ya existentes»¹⁵⁰.

El libro iniciaba con una descripción geográfica de Cataluña a caballo entre el discurso literario y el discurso científico y pasaba rápidamente sobre la época antigua hasta llegar a la época visigoda, momento en que «la corrupción de las costumbres» facilitó la invasión de los árabes¹⁵¹. La conquista islámica estaba precedida por un resumen en el que podía leerse que el primer período de la «estancia de los árabes en Cataluña estaba marcado por las incursiones de Tariq y Muza, en tanto que el segundo estaba «caracterizado por los ecos de independencia que resuenan en los Pirineos y los principios de reconquista intentados con el auxilio de los francos»¹⁵². El autor señala que, aunque muchas ciudades se entregaron pacíficamente, otras, como «Lleida, Tortosa, Tarragona, Barcelona, Ausa, Girona y Empurias», resistieron hasta que finalmente fueron conquistadas, respetándose las antiguas autoridades y el culto católico, reservándose los musulmanes sólo el cobro de impuestos¹⁵³.

«La Reconquista» era presentada como consecuencia tanto de la consolidación del emirato cordobés como de la victoria de Carlos Martell sobre los musulmanes, pues este hecho «aseguró el dominio franco

¹⁴⁸ Norbert FONT Y SAGUE, *Historia de Catalunya*, Barcelona, Establecimiento Gráfico Tomás, 1907.

¹⁴⁹ *Ibid.*, p. 1.

¹⁵⁰ *Ibid.*, p. 9.

¹⁵¹ *Ibid.*, p. 33.

¹⁵² *Ibid.*, p. 39.

¹⁵³ *Ibid.*, pp. 39-40.

en la otra parte del Pirineo y sirvió de base a los catalanes para la reconquista de Cataluña. Poco después, en las montañas de Montgrony apareció el primer pedazo de tierra catalana reconquistado bajo el dominio del príncipe Quintilia»¹⁵⁴. Hay que subrayar el hecho de que en una obra de difusión como era ésta no sólo se empleara dos veces el término *reconquista* en un solo párrafo, sino también que se reprodujera el mismo esquema que en las historias sobre Asturias: los godos se refugiaron en las montañas para huir de la odiosa dominación en espera de poder iniciar el movimiento de «independencia/reconquista», movimiento que se atribuye exclusivamente a los catalanes a pesar de la influencia que pudo tener la política franca. Con ello, Font exaltaba el papel desempeñado por los catalanes en la lucha contra los musulmanes, pero ya no frente a Castilla, puesto que ésta desaparece de su discurso, sino frente a los propios catalanes, destinatarios únicos de su mensaje.

El capítulo octavo estaba dedicado a historiar la «formación de la nacionalidad Catalana» y en él encontramos este resumen:

«El siglo IX comprende la época de formación o reconstitución de la gran obra de la nacionalidad catalana; se divide en tres períodos. En el primer período tiene lugar la reconquista completa de Cataluña vieja por los monarcas francos auxiliados de los naturales del país. En el segundo período se establecen los condes gobernadores dependientes de los monarcas francos; aquí hay muchas sublevaciones y luchas intestinas y comienza a manifestarse el espíritu nacional con tendencia a emanciparse del dominio extranjero. En el tercer período los condes gobernadores que eran movibles pasan a hereditarios, y Guifre el Pilós comenzó la dinastía condal de Barcelona que pronto se hizo independiente y soberana»¹⁵⁵.

Es en este capítulo donde puede apreciarse la importancia que la historiografía catalanista quería conceder a la conquista de Barcelona como momento fundacional de la Marca Hispana, antecedente inmediato de Cataluña. De esta suerte, el relato de la toma de la ciudad se hace en términos exaltados, concediéndose el protagonismo a los «valientes godos catalanes» y no a los francos¹⁵⁶. Nuestro autor concluiría el relato del sitio afirmando que «tras la reconquista, se consolidaron los condados y obispados que se pusieron bajo la dominación de magnates temporales y movibles según la voluntad del rey», dando cuenta a continuación de

¹⁵⁴ *Ibid.*, p. 40.

¹⁵⁵ *Ibid.*, pp. 41-42.

¹⁵⁶ *Ibid.*, p. 43.

la forma en que se organizó políticamente el condado bajo los condes dependientes¹⁵⁷.

El capítulo noveno estaba dedicado a historiar la época comprendida entre Wifredo el Velloso y Berenguer Ramón, la cual podía dividirse en dos períodos: «En el primero, correspondiente a la primera mitad del siglo X, no hay grandes sucesos que reseñar [...]; Cataluña está aún en plena formación. En el segundo período tiene lugar la última y más formidable invasión de árabes que parecía había de ahogar a la naciente nacionalidad, pero fueron vencidos y perseguidos; a la terrible destrucción siguió una restauración potente en que Cataluña, completamente libre, entró en pleno camino del progreso»¹⁵⁸. En concordancia con estos presupuestos, el período de Wifredo —«hijo del conde de Ausona y, por lo tanto, catalán»— era presentado como la época de consolidación de Cataluña, en tanto que la legitimación de Wifredo se construyó a partir de las conquistas que realizó sobre el territorio andalusí:

«Emancipado del imperio franco, comenzó con mayor entusiasmo la reconquista atacando a los árabes de toda la alta Cataluña, desde la cuenca del Ter y Plana de Vic, hacia el poniente, hasta el valle del Segre, y en dirección al mediodía hacia Montserrat y tierras vecinas; por lo tanto, las fronteras de Cataluña se colocaron en el río Segre y en los contrafuertes de los ríos Llobregat y Anoya, detrás del cual los árabes ocupaban el Penedés, Campo de Tarragona y otras comarcas de Cataluña nueva. El Reino de Guifré fue todo él una obra de restauración coronada por el centro de la Patria, el monasterio de Ripió»¹⁵⁹.

Finalmente, en las líneas dedicadas al saqueo de Barcelona por Almanzor, Font empleó el término *reconquista* para referirse a la conquista hecha por «las solas fuerzas catalanas» y concluía que con tal acción «quedó establecida la independencia de la Marca»¹⁶⁰.

Una investigación que buscara establecer el desarrollo de Cataluña en la Alta Edad Media hubiera desestimado la obra de Font y Sague como fuente de información por su escasa originalidad y su naturaleza divulgativa. Pero en un estudio como el que venimos desarrollando, es precisamente ese carácter divulgativo el que le otorga una profunda significación, pues aparece como el punto de llegada de un proceso que se había iniciado en la década de 1830 en aras de la conformación de una identidad histórica particular.

¹⁵⁷ *Ibid.*, p. 43.

¹⁵⁸ *Ibid.*, pp. 45-46.

¹⁵⁹ *Ibid.*, p. 46.

¹⁶⁰ *Ibid.*, pp. 46-47.

La contribución de los académicos de la historia (1860-1892)

Queda fuera de los objetivos propuestos analizar la infatigable labor de la Real Academia de la Historia como institución encargada de promover los estudios históricos. Sin embargo, no puedo dejar de apuntar algunas ideas —señaladas ya por Ignacio Peiró¹⁶¹ y Benoît Pellistrandi—¹⁶² que permiten situar mejor la investigación y la producción de los académicos de la historia a partir de la segunda mitad del siglo XIX.

En primer lugar, debe considerarse que la mayoría de los académicos desarrollaron otras actividades profesionales —la jurisprudencia, el periodismo, la actividad política o las tareas de gobierno— y que su labor historiográfica fue sólo complemento de éstas. En este sentido y como segundo aspecto, debe señalarse que la mayoría de los académicos perteneció a los altos círculos sociales o políticos y cultivaron distintos tipos de relaciones personales (amistad, padrinazgo, matrimonio); en este sentido, tercer aspecto, Peiró ha mostrado la forma en que los sillones, especialmente durante el régimen canovista, fueron utilizados como premio para recompensar fidelidades o como una forma para atraerse simpatías. Un cuarto rasgo es la diferencia generacional que existía entre sus miembros y las condicionantes que ello impuso para dar cabida a interpretaciones modernizadoras. El último aspecto es la pertenencia de la mayoría de los integrantes de la real corporación a otras instituciones culturales de máximo nivel, como la Real Academia Española, la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando o la Academia de Ciencias Políticas y Morales. Ello no sólo refleja las diversas inquietudes intelectuales de los académicos, sino también el hecho innegable de que un reducido grupo cooptaba las instituciones culturales y los mecanismos y las vías de transmisión de conocimiento, arrogándose la propiedad del discurso histórico y cerrando las puertas a individuos que sostuviesen líneas interpretativas de naturaleza distinta a las sancionadas por la Academia.

La mayoría de los textos que he revisado son los discursos de recepción de los nuevos académicos, por lo que son muy representativos sobre las ideas que circulaban en el medio; a ellos he podido añadir algunas mono-

¹⁶¹ Ignacio PEIRÓ MARTÍN, «Los historiadores oficiales de la restauración (1874-1910)», *BRAH*, t. 193-1, 1996, pp. 14-60; íd., «Valores patrióticos y conocimiento científico: la construcción histórica de España», en FORCADELL, *op. cit.*, pp. 29-51; e íd., *Los guardianes de la historia. La historiografía académica de la Restauración*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2001.

¹⁶² Cfr. PELLISTRANDI, *Un discours national?...*, *op. cit.*, particularmente el capítulo VI, donde el autor analiza la forma en que los académicos presentaron el período visigodo (pp. 203-209), y la Reconquista (pp. 211-222).

gráficas específicas sobre los acontecimientos del siglo VIII. Todos estos textos comparten tres elementos: primero, el estar redactados desde una óptica nacionalista y con la plena conciencia de que las investigaciones particulares son los ladrillos a partir de los cuales se construye la gran obra de la historia nacional; segundo, un marcado cientificismo que se traduce en la utilización de documentos de archivo y crónicas —tanto latinas como árabes— con el objetivo de establecer «la verdad»; tercero, un interés por resolver, con base en la nueva metodología histórica, los interminables debates que se venían arrastrando desde el siglo XVIII sobre cuestiones puntuales, como la datación de las batallas de Guadalete y Covadonga, la ubicación geográfica de la primera, la identidad de Pelayo o la fecha de su coronación.

Tomás Muñoz y Romero (1814-1867): los orígenes del medievalismo español

Tomás Muñoz y Romero, primer director del Archivo Histórico Nacional, ingresó a la Academia de la Historia en 1860 con *Algunas observaciones sobre el origen de la población de los reinos cristianos de la península*¹⁶³. En este texto, el autor realiza un estudio comparativo entre los territorios orientales y occidentales de la Península con el fin de analizar las consecuencias de la batalla de Guadalete (aún no aparece el artículo de los hermanos Oliver), el inicio de «la Reconquista», la constitución del feudalismo, la situación de la población hispana tras la ocupación musulmana —apartado en el que resalta la mayor libertad de que gozaron los campesinos del alto Aragón gracias a la continua actividad militar y la necesidad de ocupar tierras para consolidar el dominio—¹⁶⁴, los orígenes y desarrollo de la nobleza, la evolución de la autoridad regia —en donde pone de manifiesto que «la Reconquista» es una empresa que sólo correspondía a la Corona—¹⁶⁵, el nacimiento de las Cortes y, por fin, la importancia del municipio.

En la introducción, Muñoz hacía un distingo importante entre Edad Media y Reconquista, dando a entender que una cosa era el período histó-

¹⁶³ Tomás MUÑOZ Y ROMERO, *Algunas observaciones sobre el origen de la población de los reinos cristianos de la península. Discurso leído ante la Real Academia de la Historia en la recepción de Don Tomás Muñoz y Moreno*, Madrid, Imprenta de M. Rivadeneyra, 1860. Sobre Tomás Muñoz, véase PASAMAR y PEIRÓ, *D.H.E.C.*, *op. cit.*, pp. 434-435, y PELLISTRANDI, *Un discours national? ...*, *op. cit.*, p. 406.

¹⁶⁴ *Ibid.*, p. 14.

¹⁶⁵ «La reconquista no hace los rápidos progresos que hubieran sido posibles, porque los reyes tenían que ocuparse continuamente en someter o en defenderse de los magnates rebeldes, viéndose muchas veces obligados a abandonar las expediciones emprendidas contra los infieles, porque los enemigos domésticos lo impedían» (p. 23).

rico llamado «Edad Media», en el que «se formaron los reinos cristianos de la Península, su nacionalidad, sus instituciones, la lengua y el carácter de sus habitantes, su literatura y artes», y otra la lucha «que mantuvieron [nuestros padres] para reconquistar su independencia y arrojar de su suelo a los enemigos de la religión y de la patria»¹⁶⁶, insistiendo en que no debían confundirse.

El alcafaño continuaba su discurso resaltando la gran oscuridad que envolvía el origen de los reinos cristianos de la Península, señalando que ello había servido para difundir interpretaciones erróneas y suscribiendo, en cierto modo, la corriente indigenista al remarcar el papel que hubieron de desempeñar los astures en el inicio de la guerra de «independencia».

«Los cronistas dicen que en Asturias se refugiaron los godos después de la ruina de su imperio, y sin cuidarse de averiguar si en aquel territorio existían habitantes, suponen que los godos fugitivos dieron principio a la restauración cristiana. ¿Qué se había hecho de la antigua raza de los astures, que resistió por espacio de siglos el yugo romano, y que con tanto valor luchó contra los godos por defender su libertad? Los astures no necesitaban de aquellos que en sus montañas buscaban asilo y protección, para enarbolar el estandarte santo de la independencia; sin ellos, apenas tendríamos noticia hoy de los miserables restos de la monarquía goda. Aquella raza debió ejercer indudablemente influencia sobre la monarquía que allí se levantó, introduciendo un nuevo elemento de vida, de energía y de vigor, que habían apagado en los godos los odios de partido y todo linaje de malas pasiones»¹⁶⁷.

Más adelante, Tomás y Romero señalaba, desde la alta tribuna de la Academia, una de las carencias más ostensibles de la historiografía: la poca atención que desde el siglo XVI se había dado a la Corona aragonesa¹⁶⁸. Sin embargo, este señalamiento no tenía el objetivo de reivindicar la historia de los territorios orientales sino, precisamente, el de reducir ésta a sus verdaderas dimensiones, negando la noticia de que hubiera en ellos restauración goda como lo pretendían algunos autores —entre ellos el propio Zurita— y resaltando el hecho de que estos pueblos tuvieron muy poco influjo de los godos; en el fondo, lo que nuestro archivero decía era que los habitantes del Pirineo se encontraban en un estadio de desarrollo mucho menor, pues en tanto guerreros dados al pillaje «no necesitaban reyes, sino jefes militares»¹⁶⁹. En este sentido, nuestro autor

¹⁶⁶ *Ibid.*, p. 6.

¹⁶⁷ *Ibid.*, pp. 8-9.

¹⁶⁸ *Ibid.*, p. 10.

¹⁶⁹ *Ibid.*, p. 11.

atribuía a la falta de estudios históricos serios las noticias falsas sobre la antigüedad de los Reinos de Navarra y Aragón. La historia de Cataluña, por su parte, recibía muy poca atención, aunque el autor reconocía que ahí también se inició «la Reconquista», si bien es cierto que, en la práctica, el condado cayó bajo la influencia de godos y francos¹⁷⁰.

Es al estudiar la situación de la población en Aragón cuando el autor aborda nuevamente la Reconquista, pero no sólo como forma de recuperar «la nacionalidad perdida», sino también como factor de promoción social:

«La causa que influye más en el desarrollo de la condición de las clases inferiores es la guerra que constantemente sostiene la población del Pirineo contra los sarracenos, que habían ocupado en él plazas importantes. [...] Así para la defensa del territorio, como para ir adelantando la conquista, necesario era que cuantos pudieran empuñar la espada y la lanza estuviesen dispuestos para la guerra. [...] Con siervos no se defienden los Estados continuamente invadidos por enemigos, ni se reconquistan las nacionalidades perdidas»¹⁷¹.

La respuesta correspondió a José Amador de los Ríos (1818-1878). Sus comentarios se centraban en dos cuestiones: la importancia de «la Reconquista» como promotora de la unidad entre los distintos reinos cristianos y de la restauración de la libertad de la patria y, segundo, los pactos firmados por la nobleza visigoda —a los que critica por ser una «traición» a la religión y la patria—¹⁷² con los musulmanes y que dieron nacimiento a la población mozárabe que vivió sometida y «casi esclavizada». Con ello nuestro numerario mostraba cuán lejos se encontraba de las interpretaciones de algunos autores coetáneos —Lafuente, por ejemplo— que valoraban positivamente estos tratados como una forma de conservar bienes, religión y jueces. Por otra parte, Amador de los Ríos subrayaba también la función que tuvo la Reconquista como promotora social, pues fue el medio por el cual un hombre podía llegar a trocar su pobreza y miseria por un título de hidalguía y nobleza, rompiendo el yugo de la esclavitud y convirtiéndose en un hombre libre y, eventualmente, en poseedor de una riqueza adquirida por medio del combate¹⁷³. Con estas ideas, Amador de los Ríos reconocía el hecho de que la nobleza española era hija directa del combate contra el infiel y su carácter se perpetuaba «... en la duración de la guerra, dos veces santa, que rescataba la patria y la religión del yugo sarraceno»¹⁷⁴. De esta forma, el académico cerraba

¹⁷⁰ *Ibid.*, p. 11.

¹⁷¹ *Ibid.*, pp. 14-15.

¹⁷² *Ibid.*, p. 73.

¹⁷³ *Ibid.*, pp. 84-85.

¹⁷⁴ *Ibid.*, p. 86.

su respuesta afirmando que la monarquía asturiana había sido «señalada por la Providencia para realizar los más nobles fines de la civilización [...] labrando, no sin dolorosos sacrificios, en que se cuentan ilustres víctimas coronadas, la unidad legal y la unidad política del Estado...»¹⁷⁵.

Como puede apreciarse, el fondo del discurso es el mismo que hemos escuchado en otros historiadores, pero creo que pueden resaltarse dos elementos tanto del discurso de Muñoz y Romero como de la respuesta de Amador de los Ríos: primero, el interés mostrado por ambos autores hacia las cuestiones sociales, económicas e institucionales; segundo, la difusión del vocablo *reconquista* en el medio académico y su utilización para definir un proceso histórico inserto dentro de un período conocido como Edad Media.

Emilio Lafuente Alcántara (1825-1868): estudiando a los africanos

Emilio Lafuente Alcántara, miembro del Cuerpo de Archiveros y Bibliotecarios, ingresó en la Real Academia de la Historia en 1863 con unas *Consideraciones sobre la dominación de las razas africanas en España*¹⁷⁶. A lo largo de casi una centena de páginas, el autor realizó una de las primeras aproximaciones monográficas a la historia del dominio almorávide, almohade y benimerín en Al-Andalus. Aunque cronológicamente está fuera de nuestro estudio, considero que no pueden dejar de mencionarse dos cosas: la primera, que el autor muestra especial interés en resaltar las diferencias que distinguen a los árabes de los beréberes y a los hispano-musulmanes de los africanos; la segunda, que aún en 1869 se refería a la lucha entablada en la Península «por dos distintas civilizaciones» como una «restauración»¹⁷⁷.

Más interesante es la respuesta de Antonio Cánovas del Castillo, miembro de la Academia de la Historia desde hacía sólo tres años, por lo que la interpretación que ofrece Cánovas es la de un hombre poseedor de una alta cultura y de una prestigiada posición social, pero libre de las visiones que impone el manejo de las cuestiones públicas¹⁷⁸. Dos son las

¹⁷⁵ *Ibid.*, p. 88.

¹⁷⁶ Emilio LAFUENTE ALCÁNTARA, *Consideraciones sobre la dominación de las razas Africanas en España. Discurso leído ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública de Don Emilio Lafuente el día 25 de enero de 1863*, Madrid, Imprenta de Manuel Galindo, 1863. Sobre Lafuente, véase PELLISTRANDI, *Un discours national? ...*, *op. cit.*, p. 399.

¹⁷⁷ *Ibid.*, p. 6.

¹⁷⁸ Sobre Cánovas historiador, véase PASAMAR y PEIRÓ, *op. cit.*, pp. 158-159, y PELLISTRANDI, *Un discours national? ...*, *op. cit.*, pp. 379-380.

ideas que me interesa resaltar de su discurso. La primera es la conciencia de la importancia que tiene el conocimiento de la historia musulmana y ello se traducía en una invitación a desarrollar los estudios arábigos y a beber de todas las fuentes posibles, tanto archivísticas y narrativas como arqueológicas. La segunda es la interpretación según la cual «la Reconquista» tenía que avanzar inexorablemente hasta lograr la unidad de los reinos. Así, Cánovas compara a las invasiones africanas con tres montañas que detuvieron momentáneamente el progreso de la Reconquista, pero, a la postre, ésta logró superar todos los obstáculos, convirtiéndose así en el elemento catalizador de las fuerzas nacionales:

«De la propia manera la reconquista, que caminaba serena y triunfante por las provincias meridionales de España, tropezó primero con los Almorávides, con los Almohades luego, por último con los Benimerines, que opusieron obstáculos, por de pronto insuperables, a su curso, hasta que el valor y la constancia la abrieron al cabo otros cauces por donde llegar a su término, no sin un rodeo de tres siglos. Tales, tan numerosos y temibles adversarios, y tales y tan grandes peligros, si retardaron la reconquista, no pudieron impedir, sin embargo, que los que sólo fueron algún día reyes del Pirineo, llegaran a serlo al fin, no ya de la Península entera, sino además de otros innumerables países vecinos y lejanos. Al calor de aquella inmensa hoguera, que consumió la heterogénea monarquía de los godos, se fundó, primero, y tomó, luego, su duro temple la nacionalidad española»¹⁷⁹.

Cánovas concluía su discurso afirmando que «el amor inquebrantable de la patria que adquirió la gente española en la ardua y laboriosa reconquista, y principalmente en los terribles choques con los africanos...»¹⁸⁰, era el elemento que permitiría superar las dificultades del presente. Para Cánovas, pues, la lucha contra Al-Andalus tenía un papel de primer orden en la conformación de la identidad hispana y denominaba sin ambigüedades —estamos en 1863— a este proceso como «Reconquista».

Aureliano Fernández Guerra (1816-1894): el destierro de la Cava

Aureliano Fernández Guerra, director general de Instrucción Pública en la época de Claudio Moyano, abordó en dos ocasiones el estudio de las leyendas sobre los acontecimientos del siglo VIII: la primera, en un opúsculo titulado *Don Rodrigo y la Cava* (1877)¹⁸¹; la segunda, en el

¹⁷⁹ *Ibid.*, pp. 64-65.

¹⁸⁰ *Ibid.*, p. 68.

¹⁸¹ Aureliano FERNÁNDEZ GUERRA, *Don Rodrigo y la Cava*, Madrid, Viuda e Hijo de E. Aguado, 1877.

estudio introductorio a una obra de teatro del siglo XVI titulado *Caída y ruina del imperio visigótico español. Primer drama que las representó en nuestro teatro* (1883)¹⁸².

En el primer texto, el autor contrastaba las fuentes musulmanas con las crónicas cristianas y llegaba a la conclusión de que la violación de la Cava no había tenido lugar, sino que era una invención de las crónicas medievales que buscaban una explicación a la traición del conde don Julián. Según el análisis del académico, el episodio fue elaborado, aumentado y difundido por los propios musulmanes, quienes necesitaban explicarse a sí mismos su rápida conquista cuando ya habían pasado algunos años de los acontecimientos bélicos. Las crónicas cristianas no incorporarían la leyenda sino hasta el año 1110, cuando, a falta de documentos sobre el siglo VIII, «el curioso monje de Silos» la dio por buena, trastocando la cronología para hacer coincidir el reinado de Rodrigo con el suceso, lo que se tradujo en que regaló «... tres años de reinado al infeliz Rodrigo, en vez de los únicos seis o siete meses que hubo de empeñar el cetro»¹⁸³. Los cronistas posteriores se encargarían de difundir la leyenda y Jiménez de Rada y Mariana de magnificarla. Añadía el granadino que el daño mayor provino de los «noveladores y poetas», quienes se empeñaron en «... agrandar la bola de nieve». Particular responsabilidad tuvo Pedro del Corral al reelaborar la leyenda en el siglo XV y tener la fortuna de ser impreso en el mismo siglo, con lo que la leyenda alcanzó una gran difusión. A esta versión «culto» se sumaría tanto la tradición popular del romancero como la poética de fray Luis de León, quien «inmortalizó el frenesí de Rodrigo e imaginó el ultraje de Florinda»¹⁸⁴.

Frente a estas tradiciones, Fernández Guerra aseguraba categóricamente que «jamás hubo tal afrenta»¹⁸⁵ y prefería interpretar el fin de la monarquía visigoda como una auténtica guerra civil en la que Julián «hecha sus cuentas, halla que ninguna le sale tan buena como entregar las ciudades y castillos de su mando a los alárabes, con provechosas condiciones para él, su familia y amigos; e ir a la parte en las afortunadas empresas y aventuras de los sectarios de Mahoma»¹⁸⁶. Este hecho fomentó que los propios hijos de Witiza se dirigieran a él como «traidor consumado»¹⁸⁷. Aunque esta interpretación había sido planteada por Mondéjar, Mayans y

¹⁸² Aureliano FERNÁNDEZ GUERRA, *Caída y ruina del imperio visigótico español. Primer drama que las representó en nuestro teatro*, Madrid, Imprenta Manuel G. Hernández, 1883. Sobre Fernández Guerra, véase PASAMAR y PEIRÓ, *op. cit.*, pp. 244-245, y PELLISTRANDI, *Un discours national? ...*, *op. cit.*, p. 390.

¹⁸³ *Ibid.*, p. 28.

¹⁸⁴ *Ibid.*, p. 31.

¹⁸⁵ *Ibid.*, p. 49.

¹⁸⁶ *Ibid.*, p. 41.

¹⁸⁷ *Ibid.*, p. 42.

Masdeu, Fernández Guerra tenía el mérito de reconocer al episodio de la Cava una existencia propia como relato literario y ello le permitió seguir su génesis y desarrollo donde había que buscarlo: en la literatura.

En el segundo texto, el autor desarrolló esta línea de investigación, a la vez histórica y literaria. El pretexto fue la edición de una obra que Fernández Guerra llamó «Primer drama histórico español de asunto nacional representado en 1524, hoy completamente desconocido»¹⁸⁸: se trata de una pieza teatral compuesta por el bachiller Bartolomé Palau intitulada *Historia de la gloriosa Santa Orosia*. El estudio de Fernández Guerra comprende tres partes. En la primera se ofrecen las noticias biográficas de Bartolomé Palau; en la segunda se expone un estudio sobre el teatro clásico y su evolución, mientras que en la tercera el autor ofrece un estudio histórico sobre cada uno de los personajes que aparecen en el drama, considerados todos personajes históricos. El texto reproduce las ideas que el académico había expuesto con anterioridad, aunque con cuatro diferencias fundamentales: la primera consiste en la noticia de que Rodrigo no murió en Guadalete, sino en Viseo en 713¹⁸⁹; la segunda es que en esta ocasión explica la caída de la monarquía visigoda en la unión de muchas causas —traición de Julián, ambición musulmana, debilidad visigoda, conspiración de los judíos resentidos, desinterés de los hispano-romanos— y no sólo una¹⁹⁰; la tercera, que considera a la invasión musulmana al mismo tiempo como una guerra civil y extranjera y ya no sólo como una guerra civil¹⁹¹, y la cuarta, que asienta que la batalla decisiva se libró en las cercanías de la laguna de la Janda del 19 al 26 de julio de 711, dando así entrada en el medio de la Academia a la propuesta geográfica de los hermanos Oliver¹⁹².

Los estudios más extensos son los dedicados a Rodrigo, Julián y la tradición de la Cava. En este último caso, gracias a los trabajos de Dozy y otros arabistas, puede ya afirmar que históricamente sólo se sabe que Julián tenía dos hijas que fueron entregadas en calidad de rehenes a Muza en garantía del cumplimiento de los pactos y que la primera versión de la violación de la doncella y de la traición de Julián la escribió el egipcio Abderrahman ben Abdelhaquén, muerto en 871¹⁹³. Dicho autor, a su vez, había refundido noticias procedentes de distintas fuentes y ofreció una versión propia. El siguiente cronista musulmán que trató el episodio fue Ahmed Arrazí, quien murió en 936 sin hacer caso alguno a esta leyen-

¹⁸⁸ FERNÁNDEZ GUERRA, *Caída...*, *op. cit.*, p. 1.

¹⁸⁹ *Ibid.*, p. 57.

¹⁹⁰ *Ibid.*, pp. 58-59.

¹⁹¹ *Ibid.*, pp. 67 y 74.

¹⁹² *Ibid.*, p. 48.

¹⁹³ *Ibid.*, p. 81.

da. Su hijo Isa, a quien conocemos como el Moro Rasis, «... adicionó y retocó la *Historia de España* escrita por su padre, dándole la última pincelada en 976. Vino a echar de menos en el original heredado lo fantástico y novelesco del egipcio Abdelhaquén; y no solamente se lo apropió, sino que hubo de presentarlo con nuevos episodios y mayor colorido y viveza»¹⁹⁴. Es decir, que fue el Moro Rasis quien amplió la leyenda y aseguró que era costumbre que los hijos de los nobles fueran educados en la Corte, que el rey forzó a la hija de Julián y que ésta se lo comunicó a su padre por carta. La revisión de Fernández Guerra continuaba a lo largo de la Edad Media hasta llegar a Pedro del Corral.

José Caveda y Nava (1798-1882): el positivismo al servicio de la verdad

Natural de Asturias y liberal moderado, José Caveda publicó en 1879 un *Examen crítico de la restauración de la monarquía visigoda en el siglo VIII*¹⁹⁵. Este trabajo es uno de los mejores ejemplos para mostrar la forma en que en la segunda mitad del siglo XIX los acontecimientos del siglo VIII fueron interpretados bajo la doble óptica del nacionalismo y del positivismo, pues si bien por una parte el autor muestra un espíritu crítico poco frecuente, no por ello su discurso deja de transmitir una impronta patriótica.

A lo largo del texto, al autor utilizó de manera continuada el vocablo *restauración*; ello demuestra que al finalizar la década de 1870 el término *reconquista* aún no se había consolidado entre todos los sectores académicos, o al menos en el caso de Caveda y ello se debió a que, al parecer, el académico consideraba aún que «la restauración» y «la reconquista» eran cosas diferentes. Así, el autor realizó un examen crítico sobre la batalla de Covadonga con el objetivo de mostrarla «tal como fue», pero sin negar en ningún momento la importancia que el acontecimiento tuvo para la historia nacional y para la identidad del pueblo español.

El autor se preocupa por los mismos problemas que los escritores anteriores: los motivos de la invasión (niega el episodio de la Cava)¹⁹⁶, los motivos del alzamiento de Pelayo (desecha los amoríos entre Munuza y Ormesinda); fecha y lugar de la batalla (que sitúa en 718 en Asturias), momento de la coronación de Pelayo (antes de la batalla), número de

¹⁹⁴ *Ibid.*, p. 82.

¹⁹⁵ CAVEDA Y NAVA, *op. cit.* Sobre el autor, véase PASAMAR y PEIRÓ, *op. cit.*, p. 183, y PELLISTRANDI, *op. cit.*, p. 383.

¹⁹⁶ *Ibid.*, p. 75.

tropas que participaron, la cuestión de las flechas y el derrumbamiento del monte Auseva. Asimismo, confronta las fuentes cristianas y musulmanas con el objetivo de demostrar la existencia de Pelayo, de establecer una cronología precisa y de cerrar de forma definitiva los debates que existían al respecto¹⁹⁷.

La aceptación del hecho de que no hay documentación abundante sobre la cual pueda construirse una historia veraz le lleva a explicar los supuestos milagros sucedidos en la batalla de forma racional con el objetivo de situarlos en su justa dimensión. Todo ello no impide, sin embargo, que nuestro autor exalte la batalla de Covadonga ni la restauración de «la monarquía de los godos en las montañas de Asturias» —hecho al que califica «... como uno de los sucesos más gloriosos de la historia de España»— pues, según él, no había «nada más heroico y nacional, que ofrezca tan sublimes ejemplos de valor y patriotismo, y donde el espíritu religioso, el amor a la independencia, el profundo respeto al altar y al trono, y la abnegación y la energía para defenderlos se hayan llevado tan lejos y causen sobre el ánimo una impresión más profunda»¹⁹⁸.

La explicación racional de la batalla de Covadonga lleva a Caveda a argumentar, en el caso de las flechas, que la propia «... estrechez y angostura y los escarpados riscos» facilitaron que las flechas, dirigidas «casi perpendicularmente a un objeto muy levantado sobre el nivel del suelo, al rebotar en las peñas naturalmente habían de dañar a los mismos que las arrojaban»¹⁹⁹. Además, secunda la teoría de Lafuente a propósito de la tormenta e insiste en el hecho de que las crónicas no mencionan que fuera Pelayo quien matara a Munuza. Señalaba también que, aunque no podía dudarse de la historicidad del suceso, tampoco podía considerarse «como una de las batallas más célebres del mundo», de suerte tal que había razón «para inferir que el encuentro fue sangriento, si no de la importancia suma que los cristianos de la Edad Media quisieron concederle»²⁰⁰.

Para explicar satisfactoriamente la utilización de los conceptos de *restauración* y *reconquista* en la obra de Caveda es necesario advertir que él considera que los asturianos y los godos —ambos «españoles»— formaban dos pueblos distintos y que los primeros —«valientes» y «guerreros»— lucharon continuamente para mantener su «independencia» frente a los romanos, hasta que finalmente fueron sometidos. El hecho

¹⁹⁷ *Ibid.*, p. 4.

¹⁹⁸ *Ibid.*, p. 3. Misma idea pp. 19-20.

¹⁹⁹ *Ibid.*, p. 84.

²⁰⁰ *Ibid.*, pp. 73-74.

de que Asturias fuera conquistada por los visigodos en 612 era un hecho crucial, pues era imposible que hacia 711, los asturianos,

«... perdiendo de todo punto su nacionalidad y olvidando las costumbres y tendencias romanas, se convirtiesen en godos casi repentinamente [...] Por eso puede creerse que los indígenas allegados a Pelayo y compañeros de su triunfo eran más romanos que godos, y como sus mayores, intrépidos y celosos guardadores de su independencia. Con ellos se asociaron los magnates y gente más granada de la monarquía destruida en los campos de Jerez; restos dispersos por el infortunio ahí traídos, donde una sombra de libertad y de esperanza les ofrecía el simulacro de la patria perdida, inspirándoles la resolución y la fe para restaurarla y vengar sus agravios»²⁰¹.

A los asturianos se unieron rápidamente los cántabros, como lo habían hecho en otras ocasiones, para defender de nuevo su independencia:

«De esta reunión de los naturales del país, de los godos refugiados en sus montañas y de los cántabros a ellas contiguos, de la estrecha alianza de todos, robustecida por la adversidad y santificada por el Cielo, surgió la lucha de ocho siglos, la nacionalidad española, el reino poderoso que dobló los ámbitos del mundo, y aquel heroísmo cuyo esfuerzo, más constante y más fuerte que el destino, puso dichoso término a las invasiones de los orientales en los pueblos de occidente»²⁰².

A Caveda se le plantea el problema de explicar de qué forma los astures y cántabros se unieron con sus antiguos enemigos para seguir a Pelayo. Este interrogante sirve a Caveda para adentrarse en una erudita disquisición con el objetivo de demostrar que Pelayo no había sido un simple indígena afortunado al frente de una banda de partisanos, como lo afirmaba Romey, sino un godo de origen noble del que, era cierto también, existían dudas sobre su ascendencia dinástica. Caveda argumentaba que muchos godos, según lo atestiguaban los propios concilios de Toledo, llevaban nombres romanos, aunque su sangre fuera goda, y que si los árabes denominaban a Pelayo como un romano, era «porque los invasores desconocían del todo al país y su historia y era natural que llamasen a los naturales del país con el genérico de romanos»²⁰³. Caveda señalaba, además, que aunque al principio Pelayo no fuera más que un caudillo militar, en realidad no podía aspirar a otra cosa que a ser rey, tal y como lo prescribían las leyes, costumbres y ceremonias visigodas, las cuales se hallaban en los libros que habían

²⁰¹ *Ibid.*, p. 30.

²⁰² *Ibid.*, p. 31.

²⁰³ *Ibid.*, p. 43.

sido trasladados desde Toledo, por lo que, para Pelayo, «sólo había un tipo posible: los monarcas godos de Toledo cuyo trono restauraba»²⁰⁴. Así, el paso del tiempo y «... el común infortunio vinieron a confundir en una sola clase la oriundez visigoda y la latino-hispana [...]; Conquistadores y conquistados, romanos y godos, formaban ahora un solo pueblo de guerreros y cultivadores, establecida para todos la igualdad de derechos»²⁰⁵.

Resuelto este problema de la unidad y, por lo tanto, establecido que lo que buscaba el movimiento de Pelayo era la restauración del orden político visigodo, el autor nos aclara que, tras la batalla de Covadonga y las primeras conquistas de Alfonso I, este objetivo se consiguió lentamente²⁰⁶. En este sentido, Caveda opinaba que las manifestaciones más evidentes de que se había logrado esta restauración podían clasificarse en tres grupos: el primero, de carácter político, estaba conformado por la elección de Pelayo y la existencia de una monarquía hereditaria, una alta idea del monarca y de sus prerrogativas, la inviolabilidad de su persona, la convocatoria de concilios y la existencia de una pompa en el palacio y la existencia de una Corte; el segundo, de naturaleza jurídica, incluía la permanencia de los códigos y las leyes visigóticas, en especial la observancia del Fuero Juzgo y la convocatoria de concilios; el tercer grupo, de carácter religioso, estaba integrado por la fundación y restauración de iglesias, la restauración de sedes arzobispales y la implantación del rito mozárabe²⁰⁷. Tal proyecto sólo se consolidaría en la época de Alfonso III, dando origen a la «nacionalidad española», distinta de la visigoda: «No es, no puede ser su estado social el de los vencidos en las orillas del Guadalete; sus progresos sucesivos en la civilización y en las armas, en la reconquista y los medios de llevarla más lejos, le han transformado colocándole a mucha distancia de sus orígenes, sobre todo desde que Alonso VI añade a sus glorias la conquista de Toledo»²⁰⁸.

Por lo tanto, si la restauración era para Caveda una cuestión de carácter político e institucional que germinaría en la Baja Edad Media, «la Reconquista», por el contrario, era un proceso militar constituido por el avance de las fronteras. De esta suerte, por ejemplo, al hablar de la nobleza, nuestro autor afirma que constituyó «el más firme apoyo de la reconquista», al tiempo que «caudillos esforzados gobiernan y defienden las fronteras con el título de condes»²⁰⁹. Más adelante, al hablar sobre la traslación de la capital del reino a León, Caveda decía que «... si hasta

²⁰⁴ *Ibid.*, p. 59.

²⁰⁵ *Ibid.*, p. 103.

²⁰⁶ *Ibid.*, p. 93.

²⁰⁷ *Ibid.*, pp. 98-99.

²⁰⁸ *Ibid.*, p. 107.

²⁰⁹ *Ibid.*, p. 100.

entonces la monarquía visigoda fue, y no pudo menos de ser, el tipo de su continuadora en las montañas de Asturias, tampoco ha de desconocerse que conforme llevaba ésta más lejos la reconquista, y el trono se consolidaba, sufría su organización política y civil muy notables alteraciones...»²¹⁰. Bajo estas premisas, es fácil comprender que Caveda acabara asimilando la lucha contra los musulmanes con la lucha contra los ejércitos napoleónicos, una y otra guerras sangrientas a favor de la libertad y de la patria: «el nombre de Covadonga produjo después el de Clavijo, y de las Navas, y vino a santificar en nuestros días el grito de la independencia lanzado el Dos de Mayo»²¹¹.

La obra de Caveda se presenta como el punto culminante de un proyecto historiográfico iniciado en el siglo XVI y continuado a lo largo de cuatro centurias con el objetivo de ofrecer la mayor cantidad de noticias posibles sobre el acto fundacional de la nación española —la batalla de Covadonga— y situarla en sus dimensiones reales. Por tanto, es significativo que un discurso «científico» y erudito sólo pueda llevarse a buen término en el último tercio del siglo XIX, merced a las herramientas teóricas y metodológicas del positivismo y a la labor infatigable de diversos historiadores. Pero también es interesante observar cómo, a pesar del filtro introducido por el positivismo, el episodio mantuvo un alta dosis de patriotismo en tanto que Covadonga estaba destinado a ser un «lugar de memoria» para el pueblo español.

Francisco Codera y Zaidín (1836-1917): el arabismo al servicio de la historia de Aragón

El catedrático Francisco Codera ingresó en la Real Academia de la Historia en 1879 con un discurso a propósito de la *Dominación árabe en la frontera superior desde el año 711 al 815*²¹². Codera centró su disertación en los sucesos de los Reinos de Aragón y Navarra durante el siglo VIII. El estudio es una relación muy prolija de nombres, campañas, batallas, asesinatos, alianzas e invasiones y se presentaba como el primer estudio monográfico hecho con rigor científico sobre los orígenes de dichos territorios.

²¹⁰ *Ibid.*, p. 101.

²¹¹ *Ibid.*, p. 87.

²¹² FRANCISCO CODERA Y ZAIDÍN, *Dominación árabe en la frontera superior desde el año 711 al 815. Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública de Francisco Codera el 29 de abril de 1879*, Madrid, Imprenta de Rojas, 1879. Sobre Codera, véase PASAMAR y PEIRÓ, *op. cit.*, pp. 192-193, y PELLISTRANDI, *Un discours national?...*, *op. cit.*, pp. 383-384.

Codera llamaba la atención sobre el poco interés que mostraban los autores no aragoneses por el estudio de los primeros tiempos de «la Reconquista», «negando la historia de todo un siglo a los reinos de Aragón y Navarra...». Según lo confesaba el autor, éste había sido el hecho que lo había llevado a iniciarse en los estudios árabes, pues pensaba que «... en los autores árabes podría encontrar noticias que resolviesen la cuestión». Sin embargo, reconocía que las fuentes árabes proporcionaban muy pocas informaciones sobre Aragón y Navarra, y que era «exagerado, si no falso, lo que de los primeros tiempos de la reconquista [contaban] los historiadores aragoneses y navarros»²¹³.

Como el estudio de las campañas militares del siglo VIII está fuera de los marcos de la presente investigación, prefiero comentar la respuesta de Vicente Lafuente, en donde el académico hacía de los «ocho siglos de la reconquista [...] el fondo de la historia nacional»²¹⁴. Así, tras arremeter contra el hipercriticismo de Masdeu porque atacaba las raíces y las tradiciones de la patria y afirmar que sus noticias eran «tan ciertas como las de Turpin y los Caballeros de la Tabla Redonda»²¹⁵, Lafuente, aprovechaba la ocasión para lanzar sus dardos contra los historiadores liberales —«casi todos enemigos de Dios, de la Iglesia católica, de la tradición, de la antigüedad y del principio de autoridad»— que se habían aprovechado de los trabajos de los arabistas para desautorizar a la tradición²¹⁶. Por otra parte, Lafuente criticaba el hecho de que, cuando había contradicción entre los autores cristianos y musulmanes, la escuela racionalista se decantaba inmediatamente «... por el moro o, como ahora se dice, por el árabe; pues éste, que en su tierra y en la Argelia es perezoso, holgazán, embustero, ladrón y taimado, en España es de rigor ahora el pintarlo muy caballero, galán, verídico, trovador, músico, poeta, artista, agricultor y hasta teólogo, por supuesto de su teología *sui generis*»²¹⁷. Por todo ello, el orador afirmaba que, al igual que acontecía con las fuentes cristianas, las fuentes árabes debían ser sometidas a una crítica y advertía que no se podía confiar tan ciegamente en ellas porque existían problemas de transcripción y de traducción y porque no se sabía si era verdad lo que las fuentes decían, por lo que prefería inclinarse hacia los autores «cristianos» porque «eran hombres de bien», cosa que, según sus propias palabras, no se podía pedir «al narrador musulmán»²¹⁸.

¿A qué se debe este desprecio hacia la historiografía árabe del que hace gala Lafuente? Una primera respuesta podría apuntar al hecho de

²¹³ *Ibid.*, p. 2.

²¹⁴ *Ibid.*, p. 81.

²¹⁵ *Ibid.*, p. 83.

²¹⁶ *Ibid.*, p. 84.

²¹⁷ *Ibid.*, p. 87.

²¹⁸ *Ibid.*, p. 90.

criticar una exacerbada maurofilia en historiadores y literatos de la época que, seducidos por un orientalismo romántico, no vieron en la sociedad musulmana más que lo que quisieron ver, es decir, un mundo idealizado. Una segunda respuesta podría apuntar en el sentido de que las crónicas musulmanas y el arabismo derribaban en tan sólo dos décadas el mito fundacional que se había construido y reelaborado a lo largo de los siglos. Una tercera respuesta podría estar en relación con el hecho de suscribir la interpretación esencialista propuesta por el catolicismo integrista y apoyada por personalidades como Simonet, según la cual el esplendor de Al-Andalus no se debió a la influencia musulmana sino, por el contrario, a la influencia hispana sobre los musulmanes.

Eduardo Saavedra y Moragas (1829-1912): ¿punto y final?

Eduardo Saavedra, natural de Tarragona, mostró una inquietud intelectual fuera de lo común que lo llevó a cultivar las ciencias exactas y la historia. Hombre de mundo, perteneció, entre otras, a las Reales Academias Española y de la Historia²¹⁹. Saavedra consagró dos de sus investigaciones históricas a los acontecimientos del siglo VIII: la monografía titulada *Invasión de los árabes en España* (1892)²²⁰ y la conferencia denominada *Pelayo* (1906) pronunciada en la Asociación de Conferencias de Madrid²²¹.

El primero de los textos abordaba la invasión musulmana con el doble objetivo de despejar las incertidumbres y desechar definitivamente las leyendas que acompañaban al discurso histórico mediante la crítica

²¹⁹ PASAMAR y PEIRÓ, *op. cit.*, pp. 551-552, y PELLISTRANDI, *Un discours national?...*, *op. cit.*, pp. 417-418. Saavedra ingresó a la Real Academia Española en 1878 con un discurso sobre la literatura aljamiada que fue contestado por Cánovas del Castillo. En su respuesta, el malagueño sostenía que el conflicto entre cristianos y musulmanes se fundaba en una intolerancia religiosa y consideraba a la Reconquista, al mismo tiempo, como un objetivo político —la recuperación del dominio político sobre toda la Península— y como un proceso histórico que había constituido el eje articulador de la historia peninsular: «... En el punto mismo de terminar España con la reconquista y la reunión de los antiguos reinos, la lenta elaboración de su organismo político, el espíritu, que había informado toda su evolución durante los siglos medios, estaba condensado en una fórmula, según la cual necesariamente tenía que tomar dirección nueva su política, lo mismo con los moros que con los hebreos. Tal fórmula no era otra que la Unidad religiosa» (p. 81). EDUARDO SAAVEDRA, *Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública del Excmo. Sr. Don Eduardo Saavedra el 29 de septiembre de 1878*, Madrid, Imprenta de la Compañía de Impresores y Libreros, 1879. Respuesta de Cánovas, pp. 57-100.

²²⁰ EDUARDO SAAVEDRA, *Invasión de los árabes en España*, Madrid, El Progreso, 1892.

²²¹ EDUARDO SAAVEDRA, *Pelayo. Conferencia dada el 6 de febrero de 1906 en la Asociación de Conferencias de Madrid*, Madrid, Tipografía Española, 1906.

rigurosa y la confrontación de las crónicas latinas y árabes. Divido en seis capítulos —el último de los cuales se intitulaba «El principio de la restauración»— el libro ofrecía una explicación racional y positiva —libre del providencialismo— de la «la inmensa catástrofe nacional del siglo VIII»²²², pero sin abandonar la óptica nacionalista, de tal suerte que el autor considera la batalla de Covadonga como el inicio de una lucha que tenía como objetivo «reconstruir una nueva patria»²²³.

El texto presenta diversas novedades interpretativas. La primera está relacionada con la tradición del castillo encantado que mandó abrir Rodrigo y en cuyo interior se encontró el arcón que contenía la profecía sobre la invasión musulmana. Saavedra afirmaba —como lo había hecho José María Escandón— que el pasaje reflejaba la necesidad que tenía el monarca de allegarse recursos económicos para la guerra contra los rebeldes witizanos y contra «los levantiscos vascones» y que con tal fin «hubo de pensar en el tesoro que reinado tras reinado se iba acumulando en la basílica de San Pedro y San Pablo, aneja al real palacio construido por Wamba». De esta suerte, el académico interpretaba que el hecho de apropiarse del tesoro «pareció tremendo sacrilegio», por lo que se pidió al rey que no lo hiciera. Una vez abierta la cámara, el monarca encontraría una caja de origen persa labrada con «extrañas figuras de animales y gentes de a pie y a caballo, ataviadas de no vista manera, que simulaban combates y cacerías». Dentro del arca, el rey encontraría «santas y veneradas reliquias [...] y en un rollo de pergamino la bula de excomunión contra los violadores del tesoro», de donde nacería el episodio de la torre encantada²²⁴.

Sobre la conspiración de Julián, Saavedra consideraba que era una vieja forma de hacer política: apelar a una fuerza extranjera para derrotar al enemigo. Así, el partido de Witiza, derrotado, pediría el auxilio de las tropas africanas; con ello, Saavedra se sumaba a quienes explicaban el fin de la monarquía visigoda como resultado de una guerra civil y de la cual supieron sacar partido los árabes. En este punto, el autor hacía un paréntesis para señalar que los visigodos, en la práctica, nunca gobernaron el norte de África y que Julián pertenecería a una familia originaria de medio oriente²²⁵. Saavedra concluía señalando que fue el propio curso de los acontecimientos históricos lo que hizo que al final se personificara en Julián «toda la acción de los hispano-godos en tan espantoso drama»²²⁶.

²²² SAAVEDRA, *Invasión...*, *op. cit.*, p. 1.

²²³ *Ibid.*, p. 2.

²²⁴ *Ibid.*, p. 41.

²²⁵ *Ibid.*, p. 50.

²²⁶ *Ibid.*, p. 52.

En cuanto a la violación de la Cava, Saavedra sostiene que era común que los magnates cuidaran de la familia de sus clientes en época de peligro, de tal suerte que era probable que Julián, que se encontraba defendiendo Ceuta, enviara a su familia a Toledo bajo la protección del rey, donde su hija sería forzada. «Tampoco sería extraño —agrega el autor— que, en los tumultos de la revolución aristocrática, ésta y otras muchas señoras fueran indignamente atropelladas por Rodrigo y sus soldados; pero en aquellos tiempos de alarmas y trastornos continuos, el honor era bastante menos vidrioso que en nuestros días, y una violación más o menos no significaba gran cosa»²²⁷. Saavedra señalaba que al asunto sólo aparecía consignado hasta el año 1110, cuando el silense le dio entrada como cosa secundaria. Tras seguir los razonamientos de Fernández Guerra, Saavedra llegó a la conclusión de que el episodio había sido magnificado por Pedro del Corral.

Consignadas las conquistas, nuestro académico abordaba los principios del movimiento de resistencia en Asturias, despojando al relato de la leyenda sobre los amoríos entre Munuza y Ormesinda, la pretendida hermana de Pelayo. Así, una vez que los nobles visigodos tuvieron noticias de la muerte de Rodrigo, se refugiaron en las montañas y «se congregaron en la forma acostumbrada para designar nuevo soberano, recayendo la elección en Pelayo, parcial también de Rodrigo, y dignatario de su corte». Ello destruía, según Saavedra, «la teatral proclamación del jefe alzado sobre el pavés en el campo mismo de la famosísima victoria de Covadonga, pero es más natural, digno y apropiado a la grandiosidad de la obra gloriosa de la restauración, y se acomoda con escrupulosa exactitud a los textos de las crónicas»²²⁸.

«En la persona de D. Pelayo —agrega Saavedra— se anudó de una manera pacífica, legal y solemne la línea de los monarcas godos de España, desconcertada, pero no destruida por la guerra civil y la invasión extranjera. Por eso no parece ningún otro caudillo de la restauración, hasta tanto que el nuevo imperio franco de Carlomagno sustrajo del yugo agareno, más o menos nominal y disputado, las vertientes meridionales del Pirineo...»²²⁹.

De esta suerte, la incursión de los musulmanes en Septimania, sumada a la nueva política de represión inaugurada por Alhor en contra de «los recién sometidos y mal doblegados españoles», favorecieron el que Pelayo, huyendo secretamente de Córdoba a donde habría asistido para

²²⁷ *Ibid.*, p. 53.

²²⁸ *Ibid.*, p. 139.

²²⁹ *Ibid.*, p. 140.

firmar unos pactos formales, llamara «... a sí a los desesperados y a los valientes, y secundado por su nobleza gótica, rompió la proyectada inteligencia, abrió las hostilidades y su triunfo de Covadonga en 718, primer hecho notorio de su espada y principio real de la reconquista, se tomó por principio efectivo de su reinado, casi nominal hasta entonces»²³⁰.

No deja de ser significativo que Saavedra, en tanto académico de la historia, suscribiera la línea interpretativa que he denominado «visigotista-modernizadora», la cual se impuso durante el régimen de la Restauración: Pelayo era un descendiente de los visigodos y correspondió a él anudar los vínculos entre la vieja monarquía goda y la nueva monarquía asturiana, por lo que su empresa —secundada por la nobleza goda y los hispanorromanos— fue a la vez una lucha por «restaurar» el viejo orden visigodo —ello explica la utilización del término—, por recuperar la independencia frente al dominio extranjero y por reconquistar la patria. Ello explicaría también que, al finalizar la obra, Saavedra identificara la invasión napoleónica con la invasión musulmana del siglo VIII, las cuales habían atentado contra la independencia de la patria²³¹.

En la conferencia sobre *Pelayo*, Saavedra, realizó algunos matices importantes respecto del trabajo que acabamos de comentar —el vocablo *restauración*, por ejemplo, no aparece más—, aunque en el fondo mantuvo la misma interpretación. La conferencia se realizó para unas «señoras» amantes de la historia pertenecientes a las clases acomodadas de la sociedad madrileña. El dato no deja de tener importancia si consideramos que eventos de esta índole eran —y son— los canales habituales mediante los cuáles los resultados de la investigación académica se difundían entre un público no especializado más o menos amplio. Por lo mismo, resulta interesante que Saavedra insista en que la batalla decisiva entre musulmanes y visigodos se realizó en la laguna de la Janda y no en Guadalete, que señale que Rodrigo murió en dicha batalla, que remarque el hecho de que Pelayo fue electo por la nobleza goda, que omita la explicación milagrosa de la victoria de Covadonga, que hable de nuevo de la importancia de las fuentes musulmanas y la crítica de las cristianas, que ignore la violación de la Cava, que señale que Pelayo asistió a Córdoba para firmar unas capitulaciones con los conquistadores y que, a pesar de todo ello, continúe exaltando la victoria de Covadonga como el hecho fundacional de la nación española y el inicio de «la Reconquista», guardando en el fondo de su corazón patriota un profundo respeto hacia la tradición. Respeto que no le impedía reconocer que el suceso fue en realidad un encuentro entre las tropas de Pelayo y una guarnición musul-

²³⁰ *Ibid.*, p. 141.

²³¹ *Ibid.*, p. 134.

mana que iba a cobrar los tributos debidos por los asturianos a los nuevos dominadores²³².

Saavedra describía el episodio de Covadonga insistiendo en que las flechas de los musulmanes rebotaron contra el muro de la peña y señalando que el derrumbamiento del monte Auseva fue simplemente «... un enorme desprendimiento de tierras cuyos bordes se descubren aún en el monte Subiedes...». «Ignorando que los corrimientos de terrenos son fenómenos muy naturales, llamados en aquellas montañas argayos —dice Saavedra— unos autores se han inclinado a atribuir todo a un terremoto y [...] otros han ideado una furiosa tormenta que desgajando árboles, derrumbando peñascos, reblandeciendo no sé qué terrenos y desbordando ríos, acabó con la gente que de orden de Alcama suponen en retirada monte arriba»²³³. Ello hacía suponer a Saavedra que lo más racional era quitar tres ceros a las cifras de muertos que ofrecían las crónicas: «sesenta y tres hombres envueltos por una masa de tierra son ya de por sí muchos y ciento veinticuatro bajas definitivas en el propio campo de batalla corresponden muy proporcionadamente a un efectivo de dos mil combatientes, que a mi juicio podría tener la columna expedicionaria. Ejércitos de cien mil hombres no se han podido organizar, mover, alimantar y dirigir hasta tiempos muy cercanos a los nuestros»²³⁴.

En el último discurso de su vida, Saavedra apuntó otras tres ideas dignas de ser consignadas por cuanto eran la afirmación del discurso histórico casticista sobre la Reconquista. La primera consistía en señalar que, aunque los musulmanes realizaron durante más de un siglo incursiones en el Reino de Asturias saqueando pueblos, quemando campos y cautivando mujeres y niños, nunca «... intentaron establecerse civil ni militarmente en el país. La población mahometana carecía de la fuerza de expansión de la cristiana, y esto da una clave para explicar toda la historia de la reconquista»²³⁵. La segunda consistía en sostener que el único rey legítimo en los territorios cristianos tras la invasión musulmana fue Pelayo porque

«... era rey de los godos, elegido en un país libre por una asamblea legalmente constituida, y no cabiendo que una elección semejante se hiciera mas que una sola vez y en un solo sitio, claro es que no pudo haber más monarquía restaurada que la monarquía toledana, acogida al pequeño rincón de Cangas de Onís. Navarra y Cataluña fueron desprendimientos del enflaquecido reino franco; el reino asturiano

²³² SAAVEDRA, *Pelayo...*, *op. cit.*, pp. 9-10.

²³³ *Ibid.*, p. 13.

²³⁴ *Ibid.*, p. 14.

²³⁵ *Ibid.*, p. 15.

era la nación española, vejada y comprimida, pero que no había dejado de existir un solo día»²³⁶.

Finalmente, el autor consideraba que las leyendas que giraban en torno a los acontecimientos del siglo VIII podrían tener un fondo de verdad. Así, por ejemplo, al referirse a la leyenda del matrimonio entre Munuza y Ormesinda, Saavedra podía decir que veía en ella «... la gran consideración de que gozaba Pelayo, la buena inteligencia, aunque momentánea, entre musulimes y cristianos, el intento de implantar los matrimonios mixtos y la repugnancia de la nobleza a tolerar toda imposición extraña»²³⁷. Con todo ello Saavedra contribuía a consolidar una interpretación histórica de los acontecimientos del siglo VIII y queda ahora por analizar la forma en que las contribuciones individuales de los académicos de la historia se plasmaron en el gran proyecto historiográfico de Cánovas del Castillo.

El proyecto canovista y su visión de la historia de España

En 1876, las Cortes proclamaron una nueva Constitución de carácter liberal moderado que reconoció los derechos dinásticos de Alfonso de Borbón, quien se convertiría, «por la gracia de Dios», en «rey constitucional de España»²³⁸. Antonio Cánovas, por su parte, fue nombrado primer ministro y ejerció el poder uniendo los intereses de las clases altas en torno a un objetivo común: impedir el acceso del proletariado al poder y el establecimiento de una nueva república. El movimiento y el sistema político encabezados por Cánovas se conocieron desde entonces como *La Restauración*²³⁹.

El largo recorrido que hemos realizado hasta aquí nos permite comprender cabalmente por qué se eligió este término: para el sector conservador, el establecimiento de la Primera República había significado una experiencia bastante negativa²⁴⁰, experiencia que Jover Zamora ha siste-

²³⁶ *Ibid.*, p. 16.

²³⁷ *Ibid.*, p. 29.

²³⁸ *Constitución de 1876*, www.clfo.rediris.es/fuentes.

²³⁹ Juan Pablo FUSI y Jordi PALAFOX, «La Restauración y el reinado de Alfonso XIII (1874-1931)», en *España: 1808-1996. El desafío de la modernidad*, Madrid, Espasa-calpe, 1998, pp. 153-192, y José María JOVER ZAMORA, «Restauración y conciencia histórica», en REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA, *España, reflexiones sobre el ser de España*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1998, pp. 331-363.

²⁴⁰ Cfr. Juan Pablo FUSI, «Idea de Nación y sentimiento nacional en la España de la Restauración», en Antonio HERAS, *Sobre la realidad de España*, Madrid, Universidad Carlos III, 1994, pp. 97-107, y José María JOVER ZAMORA, Guadalupe GÓMEZ y Juan Pa-

matizado en siete «planos de ruptura» con respecto a la trayectoria liberal burguesa que se manifestaban «tanto en lo que se refiere a las formas de Estado como en las formas de relación entre sociedad y política». Así, en el primer caso, Jover señalaba la sustitución de la monarquía por la república, la sustitución del Estado confesional por el Estado neutro y la sustitución del Estado unitario por un Estado descentralizado²⁴¹; en cuanto a lo segundo, Jover señalaba el desplazamiento de los militares por los «intelectuales» en el poder ejecutivo; la alteración del modelo de la administración pública; el desarrollo de una nueva ideología sustentada en el krausismo y el desarrollo de un incipiente programa de reparto de la propiedad²⁴². De esta suerte, para Cánovas y su grupo, «restaurar» significaba volver al estado de cosas previo a la catástrofe, es decir, significaba el reestablecimiento de la monarquía, del principio de autoridad, de la religión, del orden, de las leyes, de la nación y de la patria, tal y como se entendía el proceso iniciado por Pelayo en el siglo VIII en la interpretación tradicional.

Fue dentro de este marco que Cánovas dirigió un amplio proyecto historiográfico que tenía el objetivo de reescribir la historia de España desde sus orígenes prehistóricos hasta la instauración de Alfonso XII con base en los nuevos criterios metodológicos, en las nuevas colecciones documentales y arqueológicas y en un positivismo que sirvió como sólido cimiento a una empresa que se presentaba como la culminación de una larga trayectoria iniciada con la publicación de la *Historia* de Modesto Lafuente²⁴³. Cánovas encargó a los diferentes especialistas de la Real Academia de la Historia la realización de un volumen según su propia especialidad, apareciendo en 1890 el primer tomo. De esta suerte, la *Historia General de España*, coordinada por el que había sido primer ministro, escrita por historiadores de Real Academia de la Historia y patrocinada por la misma institución, nacía con la intención de convertirse en la «historia oficial» de España.

En 1891, Aureliano Fernández, Eduardo de Hinojosa (1852-1919) —miembro de la Junta de Ampliación de Estudios—²⁴⁴ y Juan de Dios

blo FUSI, *España: sociedad, política y civilización, siglos XIX y XX*, Madrid, Areté, 2001, p. 201. Sobre la Restauración, véase el apartado «Régimen Político» pp. 309-358.

²⁴¹ *Ibid.*, p. 20.

²⁴² José María JOVER ZAMORA, *La imagen de la primera república en la España de la Restauración. Discurso leído el día 28 de marzo de 1982 en el acto de recepción pública y contestación de don José Antonio Maravall Casesnoves*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1982, pp. 19-21.

²⁴³ Cfr. WULFF, «El proyecto canovista», *op. cit.*, pp. 134-138; GARCÍA CÁRCCEL, «Introducción», en *La construcción de las historias de España...*, *op. cit.*, pp. 13-43, esp. pp. 33 y ss.

²⁴⁴ PASAMAR y PEIRÓ, *D.H.E.C.*, *op. cit.*, p. 326, y PELLISTRANDI, *Un discours national?...*, *op. cit.*, p. 398.

de la Rada (1827-1901) —catedrático en la Universidad de Granada—²⁴⁵ publicaron en dos tomos el volumen destinado al reino visigodo bajo el título *Historia de España desde la invasión de los pueblos germánicos hasta la ruina de la monarquía visigoda*²⁴⁶. Los acontecimientos del siglo VIII quedaron consignados en el segundo tomo y en él los autores incorporaron los últimos avances de la historiografía, consagrando como datos positivos lo que en su momento sólo fueron hipótesis plausibles, refundiendo los trabajos aquí analizados de Aureliano Fernández Guerra, Eduardo Saavedra y los hermanos Oliver y Hurtado.

De esta suerte, los autores eliminaron de forma definitiva el trasfondo providencialista del discurso y explicaron la caída de la monarquía visigoda en términos estrictamente políticos, presentando el reinado de Witiza libre de las leyendas descalificadoras —si bien aceptaban que el monarca pudo tener una conducta personal cuestionable— y afirmando que la elección de Rodrigo a la muerte del anterior monarca generó una guerra civil entre las clases dominantes, por lo que éste tuvo que echar mano de los tesoros encerrados en la torre de Toledo para hacer frente a los gastos de la guerra, por lo que fue excomulgado²⁴⁷. En consecuencia, la invasión musulmana se presentó como la intervención de un tercero dentro de una guerra civil, de tal suerte que uno de los bandos buscó el apoyo en los africanos sin imaginar las consecuencias que ello tendría²⁴⁸. Los musulmanes supieron aprovechar la oportunidad que se les ofrecía y enviaron dos o tres patrullas de reconocimiento, tras lo cual decidieron atravesar el estrecho guiados por Julián, enfrentándose con Rodrigo en la laguna de la Janda²⁴⁹. El monarca visigodo logró escapar con vida, mantuvo la resistencia entre el Tajo y el Duero y se refugió en Viseo, donde, finalmente, sería sepultado²⁵⁰. Derrotados los visigodos, los musulmanes realizaron una rápida conquista hasta llegar a Toledo y al norte de la Península. Tras el viaje de Muza y Tariq a Damasco, Abdalaziz quedó con el gobierno de la provincia y desposó a Egilona, quien accedió al matrimonio porque, como antigua reina, imaginó que esta situación podría ayudar a mejorar la situación de los cristianos²⁵¹.

²⁴⁵ PASAMAR y PEIRÓ, *D.H.E.C.*, pp. 509-510, y PELLISTRANDI, *Un discours national?*..., p. 412.

²⁴⁶ Aureliano FERNÁNDEZ GUERRA, Eduardo DE HINOJOSA y Juan DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO, *Historia de España desde la invasión de los pueblos germánicos hasta la ruina de la monarquía visigoda*, 2 vols., Madrid, El Progreso Editorial, 1891 (*Historia General de España* de Cánovas del Castillo, 5 y 6).

²⁴⁷ *Ibid.*, vol. II, pp. 156-158.

²⁴⁸ *Ibid.*, vol. II, pp. 161-169.

²⁴⁹ *Ibid.*, vol. II, pp. 192-194.

²⁵⁰ *Ibid.*, vol. II, pp. 202-205.

²⁵¹ *Ibid.*, vol. II, p. 248.

Por otra parte, los autores eximen al conde Julián de la traición, argumentando que había sido nombrado gobernador por el emperador de Bizancio. Al ser deudo de Witiza, buscó a los musulmanes para apoyar a su señor en la revuelta nobiliaria sin imaginar que los musulmanes se harían con el poder. Por otra parte, nuestros académicos señalan que la mayoría de los hispanorromanos permanecieron al margen del conflicto civil porque era una querrela entre los gobernantes visigodos, de tal suerte que los musulmanes explicaron en sus crónicas la rápida conquista mediante la traición que hicieron recaer en la figura de Julián²⁵². Para basar toda la conquista en una traición —explican siguiendo textualmente a Saavedra— «... hacía falta una ofensa gravísima que vengar, y los árabes adoptaron desde el principio la historia, por demás famosa, de la violación de la hija de Julián, mero pretexto para denigrar la memoria de Rodrigo»²⁵³. Tras reproducir los estudios de Fernández Guerra y Saavedra sobre el episodio de la Cava, los académicos de la historia sentenciaban que la leyenda no tenía «el menor asomo de fundamento [...] pues queda condenada para siempre como falsa, sin atribuírsela a Rodrigo, ni a Witiza, ni a nadie, si no a la fantasía de los primeros que la inventaron y a la imaginación romántica de nuestro pueblo, y más en la época de la Edad Media, en que semejante conseja tomó crecimiento y desarrollo...»²⁵⁴.

Sobre la batalla de la Janda o de Barbate, «mal llamada de Guadalete», los autores concluyen que «... la suposición de que estuviera allí Pelayo no carece de fundamento, pues el futuro iniciador de la reconquista de España era entonces espartario» y agregaban que, vista la cantidad de gente congregada y para que pudiera maniobrar la caballería goda, el rey «... cambió de posición atrayendo la pelea al llano del Barbate» y fue durante ese movimiento de tropas cuando se produjo la traición de los witizanos²⁵⁵.

El último capítulo del volumen estaba consagrado a los sucesos ocurridos desde el fin de Rodrigo hasta «los comienzos de la restauración, en que ya principia otro período de constante lucha para recobrar la patria», de tal suerte que buscaban que el capítulo sirviera «... de precisa transición entre la caída del imperio visigótico español y la gloriosa epopeya de la reconquista...» y dar cuenta de los destinos de los personajes que habían protagonizado los sucesos históricos, dado que «no podría pasarse a conocer el nuevo [período] de restauración y de lucha que Pelayo inaugura, sin tener noticia completa de la caída del reino [...] hasta albo-

²⁵² *Ibid.*, vol. II, pp. 161-167.

²⁵³ *Ibid.*, vol. II, p. 170.

²⁵⁴ *Ibid.*, vol. II, pp. 189-190.

²⁵⁵ *Ibid.*, vol. II, p. 198.

rear los primeros resplandores de la aurora de la reconquista...»²⁵⁶. Así, tras estudiar los pormenores de la conquista musulmana, los académicos asentaban su veredicto sobre el origen y la elección de Pelayo como nuevo monarca y su posición como único heredero legítimo de la monarquía visigoda:

«... Con la muerte de Rodrigo puede decirse que no quedó cortada y extinguida la monarquía goda en la península, puesto que, [...] en la persona de Don Pelayo, se anudó de manera pacífica, legal y solemne la línea de los monarcas godos de España, desconcertada, pero no destruida por la guerra civil y la invasión extranjera, verdad que justifican los antiguos cronicos [...] en los que se ve claramente que la corte de Asturias se tenía por sucesora de la de los godos y continuadora de la de Toledo. Por eso no aparece ningún otro caudillo de la restauración, hasta tanto que el nuevo imperio de Carlomagno, limpió del yugo agareno, más o menos disputadas, las vertientes meridionales del Pirineo»²⁵⁷.

El capítulo se cerraba con una reflexión en la que condensaban los ideales políticos de la Restauración, que no eran otros que la unidad de España lograda por Isabel la Católica y amenazada por los regionalismos:

«La gran patria [...] es el gran ideal de los pueblos modernos, gran ideal que comprendió, como nadie, con su poderosa inteligencia la gran Isabel la Católica, en cuyo reinado empezó la verdadera patria española, y que con sus pequeños y celosos amores de la pequeña patria parecen empeñados en destruir los modernos fautores del estéril regionalismo, que Dios quiera no acabe con España, facilitando como facilitaron la dominación romana, con sus pequeñas nacionalidades, el triunfo de otras naciones grandes y poderosas»²⁵⁸.

En cierta medida, el final de la década les daría la razón. Pero no quiero cerrar este epígrafe haciendo referencia a la catástrofe del 98, sino señalando que si bien en este volumen no se relata la batalla de Covadonga porque estaba previsto dedicar un volumen exclusivo a los orígenes del reino asturiano que, al parecer, no fue editado²⁵⁹, no por ello los auto-

²⁵⁶ *Ibid.*, vol. II, pp. 217-218.

²⁵⁷ *Ibid.*, vol. II, pp. 253-255.

²⁵⁸ *Ibid.*, vol. II, p. 257.

²⁵⁹ El siguiente volumen que apareció corrió a cargo de Juan DE DIOS DE LA RADA, *La España cristiana durante el período del fraccionamiento del imperio musulmánico en la península, o sea, desde Sancho el Mayor de Navarra hasta Alfonso VI de Castilla y la conquista de Toledo*, Madrid, El Progreso Editorial, 1892. El autor se referiría a la conquista de Toledo como una «reconquista» y como una «restauración de la antigua silla metropolitana» (p. 86).

res dejaron de relacionar el término *reconquista* al inicio de la resistencia en Asturias. De esta suerte, el término *reconquista* quedaba sancionado por la Real Academia de la Historia. Pero también me parece muy revelador el hecho de que los autores retomaran el término *restauración* para hacer referencia al movimiento iniciado por Pelayo, señalando que era el único caudillo legítimo: con ello se hacía explícito el vínculo entre la restauración pelagiana y la restauración alfonsina y se legitimaba así, mediante el discurso histórico, un sistema político que se había instaurado mediante un golpe de Estado en contra de la Primera República. En este sentido, signo de los tiempos y reflejo del cambio de mentalidad operado entre 1892 y 1936 es el hecho de que en su momento los golpistas del año 1936 no presentasen su movimiento como una *restauración*, sino como una *reconquista* y como una *cruzada*. Pero eso ya es otra historia.

Al lanzar una mirada sobre el conjunto de los trabajos analizados en este capítulo puedo ofrecer cuatro conclusiones. La primera es que se aprecia, particularmente en la obra de los académicos, un interés por incorporar los criterios positivistas y elevar la historia al rango de ciencia; ello se tradujo en la depuración y edición de fuentes cristianas, en la traducción y edición de fuentes musulmanas, en el cotejo de unas y otras, en la eliminación definitiva de las leyendas que acompañaban el discurso académico y en su ponderación como parte del folclore popular y la literatura y en un esfuerzo por fijar lo más exactamente posible la cronología de los acontecimientos y el lugar en el que se desarrollaron. La segunda conclusión es que todas estas obras estuvieron marcadas por una óptica nacionalista que buscó en los orígenes de la Reconquista los orígenes de la nación española; en este sentido es posible observar una asimilación entre el combate contra los musulmanes y la resistencia contra las fuerzas napoleónicas, una y otra guerras de independencia y manifestación del coraje, la valentía, el patriotismo y la nacionalidad españolas. La tercera conclusión es que se constata un desplazamiento gradual del término *restauración* y la consolidación del término *reconquista* a partir del último tercio del siglo XIX, fenómeno coincidente con el establecimiento de la Restauración canovista. Por otra parte, es patente el hecho de que la mayoría de los autores definen a la Reconquista como un proceso histórico más que como un período o una época. Es en este marco en el que debe inscribirse la cuarta conclusión, que consiste en que la interpretación que se impuso sobre los acontecimientos del siglo VIII fue la «visigotista-modernizadora», según la cual, la caída del reino visigodo se interpretaba en términos políticos y en la que la invasión musulmana se consideraba como la participación de un tercero en una discordia civil. Por lo tanto, el movimiento iniciado por Pelayo, godo y de sangre real, se entiende como una lucha de ocho siglos en la que a un tiempo se restauraba la monarquía visigoda, se recuperaba la libertad y se reconquistaba el territorio perdido.